



Tirar piedras al agua

Ale Mundi

INDICE

CAPITULO 1:	ON AIR	Pag.	1
CAPITULO 2:	EL SESENTA Y SIETE	Pag.	6
CAPITULO 3:	LAS LLAVES	Pag.	10
CAPITULO 4:	BLANCA	Pag.	16
CAPITULO 5:	EL BASTON	Pag.	20
CAPITULO 6:	LA SIRENA	Pag.	24
CAPITULO 7:	LA PROPUESTA	Pag.	28
CAPITULO 8:	EL VIAJE	Pag.	32
CAPITULO 9:	EL PUEBLO	Pag.	39
CAPITULO 10:	EL REENCUENTRO	Pag.	46
CAPITULO 11:	EL PASEO	Pag.	52
CAPITULO 12:	EL PICO RANDO	Pag.	64
CAPITULO 13:	TIRAR PIEDRAS AL AGUA	Pag.	70
CAPITULO 14:	LA CHIMENEA	Pag.	79
CAPITULO 15:	EL REGRESO	Pag.	
CAPITULO 16:	OTRA ENFERMERA	Pag.	
Notas del autor		Pag.	

CAPITULO 1 ON AIR

“*ON AIR*”. El rótulo indicaba que el micrófono estaba abierto. Sin embargo Andrés no dijo nada. Se mantuvo en silencio unos instantes mientras la sintonía del programa sonaba de fondo. Sus ojos estaban fijos en las letras rojas sobre fondo negro. En apenas unos segundos volaron por su cabeza los más de 30 años que habían transcurrido desde que hablara por primera vez en la radio. Pero eso era ya pasado. Andrés salió de su ensimismamiento, dio las buenas noches a la audiencia y empezó su último programa.

Apenas tenía 22 años cuando, cursando tercero de la licenciatura de Filosofía y Letras, habló por primera vez ante los micrófonos. Se trataba de una pequeña colaboración en la sección de deportes los viernes y los sábados por la noche. Andrés se dedicaba a seguir todas las liguillas juveniles de la provincia en los tiempos libres que le dejaban sus estudios, para dar las novedades las madrugadas de los fines de semana en apenas 10 minutos. Poco a poco se fue haciendo un hueco en aquella emisora local. Fue pasando por casi todas las secciones: deportes, tiempo, noticias, taurina... hasta que, 7 años después, tuvo su propio programa.

Sí, había pasado ya mucho tiempo desde que Andrés mirase el rótulo “*ON AIR*” con nerviosismo y ansiedad. Ahora, salvo esta noche, apenas había reparado que estaba allí. Ahora era como un semáforo que le indicaba cuando estaba el micrófono abierto. Y sin embargo entonces... entonces parecía que se le paraba el corazón al encenderse. Ahora todo era distinto, ahora todo había cambiado, pese a que estaba en el mismo lugar, posiblemente hasta en la misma silla.

Radio Alegría era una pequeña emisora local, tan pequeña que ni siquiera abarcaba toda la provincia, pero tenía gran arraigo entre sus gentes. Tanto es así que desde que se fundó había gozado de una amplia cartera de clientes que se publicitaba generosamente. Eso le permitía ser auto suficiente económicamente e independiente políticamente, lo que no era poco. Pero la llegada de la crisis le hizo perder anunciantes y su independencia le pasó factura al ir a pedir ayudas a una administración dirigida por políticos que veían, con una satisfacción no disimulada, como caía una de las voces más críticas de la ciudad.

Cuando a Andrés le comentaron dos años antes que la situación de la emisora

era delicada no le dio importancia. Ahora se arrepentía de aquella frivolidad. Si en aquel momento se lo hubiese tomado en serio a lo mejor podía haber hecho algo. Tal vez podría haber denunciado ante los micrófonos el trato recibido por la administración. Podía haber intentado llamar la atención de nuevos anunciantes o, quien sabe, haber conseguido que alguna emisora nacional la absorbiese. Pero ya era tarde. En todo esto pensaba Andrés mientras echaba un traguito de agua en una cuña publicitaria. Miró las sillas vacías que rodeaban su mesa. Recordaba con nostalgia todos los tertulianos que habían pasado por ellas, todas las entrevistas realizadas y cuantos buenos momentos había pasado en aquella sala. Era curioso, de los malos, si los había habido, no se acordaba.

Cuando a los 29 años le ofrecieron la oportunidad de tener un programa propio de 0:00 a 1:00 no se lo pensó. Cuando se lo dijo a Marta, su novia, con la que ese mismo año pensaba casarse su entusiasmo no fue compartido:

–¡Por Dios Andrés, no vas a madurar nunca! ¿Por qué no dejas ya esa dichosa radio y te dedicas a otra cosa? Juanito se ha sacado ya la plaza fija y está dando clases. El año que viene vuelven a salir oposiciones ¿por qué no te las preparas?

–Es mi sueño Marta, sabes lo que me gusta lo que hago.

–Sí, tu sueño. Pero de los sueños no se come. Si al menos te pagasen las horas que echas... pero tirarte allí todo el día para dos patochadas que dices y que apenas te paguen no compensa.

Marta era así de dura cuando salía el tema. Eran años los que llevaba diciéndole a su novio que se buscase un trabajo “de verdad”. Andrés lo sabía y no se lo tenía en cuenta.

– Cariño, como quieres que deje ahora la radio. Quedan meses para casarnos y necesitamos todo lo que podamos ganar. Imaginate que me tiro el año en blanco y no saco la plaza...

–Mira Andrés, –le dijo ella manteniéndole la mirada–, si quieres aprobar esas oposiciones lo harás sin problema. Juanito fue el número uno en su convocatoria, y tu expediente siempre ha sido muchísimo más brillante que el suyo. ¡Diablos, si tuviste que darle clases para que sacase esa plaza! Y por lo que podamos ganar no te preocupes. Para la miseria que traes aguantamos con lo que yo pueda ir sacando.

Marta tenía por aquel entonces 26 años, era enfermera y ganaba un buen dinero a base de guardias y más guardias. Pero era interina y la idea de quedarse sin trabajo y tener que vivir de “la miseria” que cobraba Andrés le aterraba.

Hacía 10 años que Marta conocía a Andrés. Ella aún estaba en el instituto cuando él llegó a la ciudad para estudiar la licenciatura. Había alquilado junto a varios compañeros un piso de estudiantes justo encima del que vivía Marta con su familia. Marta sentía curiosidad por aquellos “energúmenos”, como los llamaba su padre, que armaban jaleo los sábados por la noche. Apenas se habría cruzado un par de veces con ellos en las escaleras. En realidad ninguno de ellos había deparado en ella. Era poco desarrollada para sus 16 años, y parecía aún más niña de lo que era. Y ella, la verdad, no veía en ellos más que unos chavales escandalosos que ponían de los nervios a su padre. Nada podía presagiar un romance entre alguno de aquellos y ella. Pero fueron precisamente los nervios de don Bernardo, el padre de Marta, los que desembocaron en aquel noviazgo. Era una noche de sábado, no serían más de las 22:00 cuando el padre de Marta intentaba ver un programa en la televisión. De repente sonó un terrible estruendo a los oídos de don Bernardo.

–Ya están estos mequetrefes armando jaleo –gritó a su mujer, que limpiaba los platos de la cena en la cocina.

–Déjalos, –respondió esta–, ya sabes que siempre apagan la música antes de las 0:00.

–Pero con el ruido que están armando estos energúmenos no puedo ver la tele. Voy a subir ahora mismo y le voy a dejar las cosas bien claritas.

La madre de Marta salió apresuradamente de la cocina secándose las manos con un trapo. Con voz apaciguadora intentó tranquilizar a su marido:

–Bernardo, tranquilo. Sube el volumen de la tele y deja a los chicos en paz. No están haciendo nada malo.

María, la madre de Marta, conocía bien a su marido, sabía el genio que gastaba y el susto que podía darles a sus jóvenes vecinos.

–¡No, así no se puede ni ver la tele ni nada de nada! –respondió él.

Quiso la diosa fortuna, la casualidad o lo que fuere que en ese momento pasaba Marta del cuarto de baño a su habitación a ponerse el pijama. La madre la miró y sin apenas pensarlo le dijo:

–Marta, antes de cambiarte sube y dile por favor a los estudiantes que bajen la música.

Marta miró con cara de sorpresa a su madre, que estaba de pie junto a su padre que sentado en el sofá no apartaba la vista del televisor. Había escuchado toda

la conversación y no esperaba que el desenlace le afectara a ella. No le hacía la más mínima gracia hacer el encargo. Intuía que los estudiantes no le harían caso y que su padre tendría que acabar subiendo de todos modos. Pero sabía que con su madre no se podía discutir así que agacho la cabeza y se dirigió hacia la puerta. Don Bernardo seguía callado, mirando fijamente la tele, como si todo lo que acababa de pasar no tuviera nada que ver con él.

Marta empezó a subir los escalones, sentía calor en las mejillas. No era una chica tímida, pero el llamar a la puerta de los estudiantes y pedirles que bajaran el volumen de la música le daba algo más que vergüenza.

–*Maldita televisión y maldita ocurrencia de mi madre* –pensó.

Se detuvo frente a la puerta de sus vecinos, puso el dedo en el timbre, cogió aire como si fuese a bucear una piscina olímpica, y lo apretó. El timbre pareció retumbarle dentro de su estomago. Esperó firme delante de la puerta, pero nadie abría. Empezó a impacientarse. Un poco mosqueada iba a pulsar otra vez el timbre cuando se abrió la puerta. Un chico, no mucho mayor que ella, de la misma altura, unicejo y con unas gafas de culo de vaso se le quedó mirando muy fijo. En ese momento ella no sabía si la miraba así porque no la veía bien con esos cristales o si simplemente el chico estaba sorprendido de ver una chica a esas hora ante la puerta de su casa.

–*Mi padre dice que bajéis la música*, –dijo empezando a darse la vuelta para volver a su casa.

–*Perdona*, –oyó detrás de ella–, *¿quién eres?* –dijo otro chico un poco más alto que apareció detrás del sorprendido gafotas.

Entonces se dio cuenta de que no se había explicado todo lo bien que debía, así que encaró de nuevo la puerta y dijo a los dos estudiantes:

–*Soy la vecina de abajo, y dice mi padre que por favor bajéis la música.*

Y volvió a girarse contenta por su rotundidad y decidida a bajar a su casa cuando oyó a sus espaldas:

–*Vecina de abajo ¿cómo te llamas?*

Esta vez era el estudiante de las gafas el que se dirigía a ella. El otro había desaparecido y Marta escucho complacida que había ido a bajar el volumen de la música.

–*Me llamo Marta.*

Y de nuevo se iba a girar para irse cuando el chico le respondió:

–*Yo me llamo Juanito, y mi amigo Andrés. Sentimos mucho haber molestado a tu padre. Pídele disculpas.*

–*Encantada*, –dijo ella–, *ahora se las daré de vuestra parte.*

–*Marta* –prosiguió Juanito antes de que ella pudiese girarse de nuevo–, *no se si*

sabes que somos de lejos y no conocemos a nadie por aquí. Nos gustaría hacer un guateque para conocer gente y eso...

Marta se ríe. Se le hacía rancio eso de “guateque”. Además pensó en la cara de su padre se saber que pensaban hacer un guateque sobre su tranquila vivienda.

Así que respondió:

–Mejor nos vemos mañana en la plaza Grande. Allí es donde se queda ahora y os presentaré a mi pandilla.

–Muy bien, allí nos veremos –respondieron al unisono Juanito y Andrés, que ya había vuelto de bajar la música y había seguido la conversación en silencio.

Marta entró en su casa. Su padre, con la mirada fija en el televisor, no le echó cuenta y su madre seguía en la cocina limpiando platos. Recorrió el camino hacia su cuarto con un cosquilleo en la barriga. Sabía que aquel encuentro traería algo más, y a los tres meses empezó a salir con Andrés.

Ahora Andrés recordaba todo eso. Recordaba como meses antes de su boda comenzó su programa. Y como este fue cogiendo popularidad y ampliando su franja horaria. El Arjé, que era así como se llamaba, fue un éxito. Nadie esperaba que un programa de contenido filosófico en horario de madrugada tuviera éxito. Pero Andrés no sólo tocaba la filosofía, sino todo lo relacionado con la cultura: literatura, cine, música... incluso pintura y cocina. Se le hacían divertidísimas aquellas secciones en que simulaban, junto a un popular cocinero de la ciudad, realizar una receta como si estuvieran entre fogones realmente. El Arjé pasó a ser el programa más escuchado de Radio Alegría y de la hora de programación paso a tener un horario de 21:30 a 0:30 de lunes a viernes. Pese a su éxito Andrés ganaba un sueldo discreto que apenas permitía cubrir por sí solo los gastos familiares. Y el tiempo que la radio le exigía le impedía volcarse en su familia como desearía.

Pero él era feliz: hacía lo que le gustaba y las horas se le pasaban volando en la emisora.

Y ahora todo eso iba a quedar en su recuerdo para siempre. Tal vez debió hacer caso a Marta y prepararse unas oposiciones. Tal vez así le hubieran ido mejor las cosas. Tal vez así Marta no le hubiera abandonado tras 15 años de matrimonio. Tal vez así hubiese sido más feliz...

Nada se podía hacer ya y cuando Andrés acabase su programa a las 0:30, cuando el rótulo “ON AIR” se apagara, aquella que había sido su casa, cerraría para siempre.

CAPITULO 2 EL SESENTA Y SIETE

–*¿El sesenta y siete ha pasado ya?* –preguntó Andrés a unos chavales que esperaban en la parada.

–*Creo que no,* –respondió uno de ellos–, *hace diez minutos que esperamos el 6 y no ha pasado ningún autobús.*

–*Muchas gracias,* –murmuró Andrés.

Hacia 10 años que Andrés cogía el sesenta y siete. Sabía que el último salía a las 0:30, a la vez que acababa su programa y que a los 10 minutos pasaba por la parada que había debajo de la emisora. Desde que se divorció y se alquiló un apartamento en el Carmen lo cogía a diario. Tomaba el primero de la mañana, el de las 07:30 para ir a la radio y volvía en el de las 0:30. Nunca había perdido un autobús, de lo que se sentía secretamente orgulloso. Pero hoy, con las despedidas, se había entretenido más de la cuenta y temía haber perdido el último 67. Sería triste que el día de su último programa perdiese por primera vez el autobús. Eso tenía en la cabeza cuando lo vio llegar a lo lejos. Una de las cruzadas que su radio había mantenido con los gestores políticos de la ciudad era la renovación de la flota de autobuses.

–*Hasta en eso hemos perdido* –pensó.

El autobús tendría mas de tres décadas.

–*Ha durado más que mi programa,* –se dijo mientras subía.

Picó el bonobús con desgana y se dirigió al fondo. Siempre le gustaba ponerse al final. Iba prácticamente vacío, lo que inconscientemente afectó más a su deplorable estado de ánimo. El autobús arrancó temblando como si a sus viejos engranajes le costase trabajo retomar la marcha y expulsando una densa humareda prosiguió su camino.

El 67 unía la ciudad con la barriada periférica del Carmen. Cuando Andrés llegó del pueblo para iniciar sus estudios universitarios era uno de los barrios más populosos. Él, en aquel entonces, lo conocía de oídas. Era un barrio próspero que había crecido junto a una factoría de automóviles extranjeros que se había establecido en la ciudad. Pero cuando Andrés estaba acabando la carrera la factoría cerró. Las instalaciones quedaron tras el barrio como un barco fantasma. Y los vecinos, lejos de la ciudad y sin nada por lo que seguir allí fueron abandonando poco a poco la barriada en la que quedaron algunos pensionistas y unas pocas familias que vivían de pequeños negocios en la zona.

Por eso, cuando se divorció, a Andrés no le costó encontrar un apartamento barato en aquella zona. Sus caseros, una familia humilde que se había mudado a la ciudad, prefería arrendarlo por una miseria que encontrarse cualquier día que se lo habían desvalijado, como ya les había pasado a algún que otro vecino, que tras una temporada vacío, se había encontrado que en su piso no quedaban ni los premarcos de las puertas.

Andrés tenía la mirada perdida en el asiento de adelante. Tenía la mente en blanco y leía mecánicamente los garabatos y los grabados que a lo largo de los años habían propinado al plástico del respaldo. Había nombres de parejas, fechas y corazones. Andrés levantó la cabeza hacía el techo del autobús a la vez que aspiraba aire. Cayó en la cuenta de que desde que se divorció, hacía ya más de 10 años, no había estado con ninguna mujer. El amor no había vuelto a llamar a su puerta. Y sin embargo, hasta ahora, no lo había echado de menos. Siempre había visto el celibato como una especie de tortura; era ir contra el instinto natural del hombre. Y ahora caía en la cuenta de que desde que se acabó su relación con Marta se había mantenido más casto que el más devoto de los clérigos.

Tras el divorcio se volcó más en la radio. En cierta medida hasta recibió con agrado poder disponer de todo su tiempo para preparar sus programas. Y tan a conciencia los había preparado que ahora reparaba en que no había dejado tiempo para si mismo. En los últimos 10 años el único rato en que se permitía reposar su mente era la media hora escasa que tardaba el 67 en llegar a su destino. Tal vez por eso era el único sitio donde se sentía relajado, tranquilo, y sin problemas. Pero esta noche era diferente y Andrés se removía en el asiento intentando buscar una postura más cómoda. Eran muchos los recuerdos que le venían a la mente de los 10 años que llevaba cogiendo el 67. Pero era un recuerdo en especial el que ahora ocupaba su cabeza: llevaría 4 años divorciado, 4 años cogiendo el 67, cuando se fijó por primera vez en una mujer con la que solía coincidir en su trayecto de vuelta. Tendría unos 40 años, era castaña y, pese a su discreta vestimenta, se adivinaban unas hermosas curvas. Solía coger el autobús un par de paradas después que Andrés y se bajaba tres antes que él, ya en el Carmen. Llevaba siempre consigo una bolsa de plástico. Con el tiempo Andrés descubriría que en ella llevaba ropa, un uniforme posiblemente, ya que traía siempre cara de cansancio como si acabara de salir de trabajar. Pero pese a su cara de cansancio era hermosa y Andrés disfrutaba mirándola, observando cada pequeño detalle de su cara y de su cuerpo. Ella parecía no darse cuenta. Como a esas horas el autobús solía ir prácticamente vacío Andrés se sentaba

siempre en el mismo sitio, al final, en el último asiento junto a la ventana. Ella sin embargo no se sentaba. Se quedaba a la mitad del autobús, en un hueco en el que no había asientos, pegada las ventanas del mismo lado que Andrés, con un brazo en alto, agarrado a la barra y el otro abajo, sujetando la bolsa que siempre le acompañaba. Se le veía ensimismada mirando por la ventana. Y Andrés aprovechaba ese momento para revisarla de arriba abajo, fijarse en todos sus detalles. En esa postura se le marcaban los pechos, se le levantaba un poco la camisa dejando ver un vientre plano y sus vaqueros apenas disimulaban las formas de sus muslos. Era preciosa. Durante mucho tiempo el único aliciente del día era ese ratito en el autobús. Andrés llegó a obsesionarse, soñaba con ella y la desnudaba con la mirada cada trayecto. Una noche, la muchacha tomó el autobús, picó su bono y avanzó por el pasillo, pero, ante la sorpresa de Andrés, ella no se detuvo donde siempre. Continuó andando hacia él. El corazón se le aceleró de tal manera que se le iba a salir por la boca. El autobús iba como siempre, casi vacío, podía elegir cualquier asiento para sentarse, pero ella siguió avanzando hasta el final, hacia los últimos asientos y ante el estupor de Andrés se sentó a su lado. Él no supo que hacer. Hizo como si no se hubiera dado cuenta. Miraba por la ventana como si nada, pero en el reflejo la veía a su lado. Ella miraba hacia adelante, había colocado la bolsa en el suelo entre sus pies y tenía colocadas sus manos cruzadas apoyadas sobre su vientre. Andrés no sabía que hacer; continuó mirando por la ventana intentando verla reflejada en el cristal. Ella tampoco cambió de postura. Pese a que estaba encantado de que ella se hubiera sentado a su lado, se sintió incomodo y el trayecto se le hizo eterno. Cuando llegó a su parada ella se levantó y se fue igual que había llegado. Tres paradas después Andrés se bajaba con el corazón en un puño. Se sentía como un adolescente, como cuando besó por primera vez a Marta en la plaza Grande.

Aquella noche no durmió.

En los viajes posteriores ocurrió lo mismo. Ella se sentaba a su lado, y él no dejaba de mirar por la ventana. No se atrevía a girar la cabeza para mirarla y mucho menos hablarle. –*¿Desde cuándo he sido yo tan tímido?* –se dijo. Nunca había tenido problemas para relacionarse y sin embargo ahora no era capaz de entablar una conversación con aquella compañera de viaje.

Una noche, en la que no paraba de llover y ella venía empapada, cuando se encontraba sentada junto a Andrés el autobús dio un fuerte frenazo. La bolsa que llevaba entre los pies se volcó y bajo el asiento de adelante se desparramó su contenido: unos botines y algo de ropa. Andrés se inclinó para ayudarla a

recogerlos. Giró la cabeza y se encontró cara a cara con ella, a apenas unos centímetros de distancia. Podía ver cada gota de agua que aún quedaban en su cara, cada detalle de sus ojos, su pelo mojado... podía sentir su aliento. Los dos, aun inclinados, se mantuvieron la mirada. Le acercó el botín muy despacio, y lo introdujo en la bolsa. Ella, sin apartar sus ojo de los de él le dio las gracias en casi un susurro. Él se incorporó, y sin decir nada, siguió mirando por la ventana. Andrés solía llevar las manos sobre los muslos en su viaje en el 67. Ella desde que lo hacía sentada las llevaba cruzada sobre su regazo. Aquella noche inconscientemente dejó caer su mano del muslo hacia el asiento y rozó con la de ella, que estaba en el mismo lugar. Los dos dejaron las manos rozando. Ninguno la quitó. Rozaban nudillos con nudillos. Él empezó a mover sus dedos, acariciando levemente la mano de su compañera de viaje. Ella miraba al frente, como si no deparada en el flirteo. Esta situación se repitió en viajes posteriores, cada vez con menos disimulo. Pero seguían sin hablarse. Apenas se miraban. El tiempo fue pasando y un día la muchacha no cogió el autobús. Nunca más lo hizo.

Todo esto iba recordando Andrés cuando al fin, el 67, llegó a su destino.

CAPITULO 3 LAS LLAVES

–*¡Las llaves!* –Andrés se rebuscaba nervioso en los bolsillos mientras se preguntaba a si mismo si no se las habría dejado dentro del piso al salir. Notó el frío metal en el bolsillo y se tranquilizó. En realidad no era normal que se las hubiera dejado. En toda su vida se podía contar con una mano las veces que Andrés se las había dejado. Pero siempre sentía esa inseguridad cuando iba camino a su casa. Le preocupaba dejárselas dentro pese a que Justo, el vecino de arriba y familiar de sus caseros, tenía una copia.

Justo era con la única persona con la que Andrés tenía relación en el Carmen. De hecho fue la primera persona a la que conoció allí, ya que los dueños del piso delegaban en él la función de enseñar el inmueble en el que Andrés vivía, y desde entonces había crecido una gran amistad entre ellos. Pese a sus ochenta y tantos años, era un hombre fuerte, enérgico y tremendamente culto, a pesar de que nunca fue al colegio. Tenía unos ojos azules que bajo dos espesas cejas blancas parecían leer los pensamientos. Justo se crió en un pueblito de montaña. Contaba que él, como todos los niños del pueblo, pastoreaban cabras y ovejas prácticamente desde que comenzaban a andar. Posiblemente fuese una exageración, pero no cabía duda de que Justo había trabajado desde muy niño. Apenas tendría 15 años cuando alguien en el pueblo se fijó en la facilidad que tenía para realizar prendas con la lana y el cuero. Por aquel entonces se había corrido la voz de que en la ciudad buscaban trabajadores para una fábrica de vehículos extranjeros que se iba a abrir en las tierras del cortijo de la Virgen del Carmen. Alguien le dijo a su padre que con la facilidad que tenía el crío para los tejidos no le faltaría empleo como tapicero en la nueva fábrica. El padre, que contaba con tres mochuelos más a lo que alimentar no se lo pensó mucho, y pese a las oposiciones de la madre mandó al niño a la ciudad, con 10 duros y un hatillo donde Justo llevaba una muda que se había hecho con sus propias manos. Tras dos días de viaje en autobús llegó a la ciudad. Por aquella época la fábrica se encontraba en medio del campo. Justo tuvo que caminar casi tres horas desde la estación de autobuses hasta la nueva fábrica, ya que aún no existía la línea 67.

La fábrica le pareció enorme, había gente por todos lados y Justo no sabía muy bien que hacer ni por quien preguntar. Se dirigió al señor que se encargaba de abrir y cerrar la barrera que daba paso a los vehículos a la factoría.

–*Buenos días, disculpe, en el pueblo me han dado este papel para que lo*

entregue aquí –dijo Justo sacando de su bolsillo un papelito que don José, el alcalde, había dado a su padre para que el chiquillo entregase en la fábrica. El encargado de la barrera lo cogió de un manotazo y lo leyó de mala gana.

–Esto es para don Gabriel, de personal. ¿Es que no sabes leer? Tira recto, en el tercer edificio veras dos puertas verdes, entra por la derecha y pregunta por él.

Y con los mismos modos que cogió el papelito se lo devolvió, mientras se giraba para abrir la barrera y dar paso a un enorme vehículo azul que acababa de pitar impaciente porque no le abrían.

Justo llegó al tercer edificio e identificó la puerta, que estaba abierta. Accedió por ella y se encontró en una sala con unas diez mesas ocupadas por mujeres que no paraban de mecanografiar en unas enormes máquinas de escribir. Justo había visto una en el ayuntamiento. Pero no era tan grande, y además cuando don José la usaba lo hacía con mucho cuidado, con dos dedos, y sólo para cosas importantes. Le sorprendió que aquellas máquinas no se rompiesen con la paliza que aquellas chicas le estaban dando. Ninguna levanto la cabeza, ninguna se inmutó por su presencia, así que se armó de valor y se dirigió a la mas joven de todas.

–Hola, buenos días. Estoy buscando a don Gabriel. Me han dicho que pregunte aquí.

–¿No sabes leer? –le dijo la chica burlescamente mientras señalaba con el dedo una puerta al final de la sala en la que había algo escrito.

Justo se sonrojó, dedujo que en la puerta ponía el nombre que iba buscando, agacho la cabeza avergonzado, dio las gracias con un hilillo de voz y se dirigió hacia el despacho de don Gabriel. Allí se encontró a un señor gordo, colorado como si fuese a reventar, que hablaba a grandes voces por el teléfono mientras echaba humo por los agujeros de su nariz. Mientras mantenía su conversación telefónica le hizo gestos con el brazo a Justo, que esperaba junto a la puerta que estaba entreabierta, para que pasara y se sentase. La mesa de don Gabriel era enorme, pero lo que más le llamó la atención era el cenicero, en el que debían haber cientos de colillas. Tan impresionado estaba que no se había dado cuenta de que don Gabriel había colgado ya y lo miraba muy fijo, como intentando adivinar en que estaba pensando. A Justo apenas le salieron las palabras:

–Buenos, buenos días. Me han dicho en el pueblo que le de esto –es lo único que acertó a decir mientras le acercaba el papelito.

Don Gabriel lo leyó en silencio. Justo no entendía por qué tardaba tanto en leer tan pocas letras, pero supuso que estaría pensando en lo que ponían.

–*Muy bien chico, te llamas Justo ¿verdad?*

–*Sí, señor.*

–*Según esta carta de recomendación eres tapicero ¿no?*

Justo se quedó boquiabierto ¿qué había dicho ese señor que era él?

–*No, señor. Soy pastor.*

–*Bueno, pero según el señor que firma esto tienes habilidades con el cuero y la lana ¿no?*

Esta vez el chico se sintió más tranquilo.

–*Sí, señor, me gusta hacer prendas con la lana y le he hecho algunos trabajos a mi padre y a otros del pueblo con el cuero.*

–*Entonces eres, o vas a ser, mejor dicho, tapicero* –dijo don Gabriel con rotundidad–, *mañana a las 07:00 te presentarás en el taller de tapizado.*

Pregunta por Luis. Dile que eres el nuevo aprendiz. Buenos días.

Y don Gabriel encendiendo otro cigarro descolgó el teléfono dando la conversación por terminada. Justo se levantó de la silla, dio las gracias entre dientes a sabiendas que don Gabriel ya no le escuchaba, y salió del despacho. Las chicas seguían tecleando indiferentes a su presencia, aunque la joven con la que había hablado ya no se encontraba allí.

Salió del edificio y agradeció la fresca brisa de la mañana en la cara, hinchó sus pulmones de aire fresco, parecía que le hacía falta después de haber respirado la asfixiante atmósfera del despacho de don Gabriel.

–*Te estaba esperando.*

Justo se sobresaltó, no esperaba que hubiera nadie detrás de él. La chica a la que había preguntado se estaba fumando un cigarro apoyada en la pared que había justo al lado de la puerta verde que daba al edificio.

–*Quería disculparme* –continuó ella–, *no quería burlarme. No sabía que no supieses leer.*

–*No te preocupes* –respondió él queriendo zanjar una conversación que le resultaba incomoda.

–*¿Cómo te llamas?* –le preguntó

–*Justo*

–*Encantada Justo, me llamo Remedios.*

–*Encantado Remedios.*

–*¿Vas a trabajar aquí?*

–*Sí, empiezo mañana, voy a ser tapicero* –dijo con cierto tono de orgullo.

–*Los tapiceros están muy bien considerados en esta factoría. Su trabajo depende sobre todo de su habilidad, no como el resto que dependen de las máquinas* –Explicó ella–, *¿y eres de aquí?*

–No, soy de Grosellero, un pueblo de la sierra. Llegué esta mañana.

–¿Y donde piensas pasar la noche?

Justo no había pensado en eso todavía. Tenía planeado buscar una pensión cerca de la fábrica, pagaría los 10 duros como fianza, y luego iría pagando con lo que ganase en la fábrica. Pero sus planes se habían truncado al ver que alrededor de la fábrica no había nada.

Como si Remedios pudiese leer sus pensamiento continuó:

–Mi madre alquila habitaciones en la ciudad. Si quieres te puedes volver cuando acabe la jornada conmigo, la fábrica pone un autobús a los trabajadores para ir y venir. Si te parece bien nos vemos aquí a las cinco. Tengo que entrar ya, a don Gabriel no le importa que salgamos unos minutos a estirar las piernas, y los dedos –dijo riéndose mientras estiraba y encogía los dedos de sus manos–, pero ya llevo mucho rato fuera.

Y volvió a entrar por la puerta verde.

Justo, la esperó a las 17:00. Alquiló la habitación en casa de Remedios y enseguida lo empezaron a tratar como a uno más de la familia. Por las tardes Reme le fue enseñando a leer y a escribir. Se sorprendía de los avances de su alumno. Demostraba una inteligencia y un tesón admirables. Pero de lo que más se sorprendió es de darse cuenta de que se había enamorado.

Pronto empezaron a salir juntos. Se compraron un pequeño piso de los que se estaban construyendo junto a la fábrica, y en cuanto le entregaron las llaves se casaron.

Eran tiempos felices: Justo había prosperado en el departamento, y se encargaba de supervisar las tapicerías de los vehículos. El cuero del volante, los tejidos de los asientos... todo era examinado con minuciosidad. Ella, por su parte, seguía en el departamento de personal, donde poco a poco le fueron sustituyendo las viejas maquinas de escribir por ordenadores. Pasaron los años sin que Dios bendijera a la pareja con hijos, pero eran felices. El hermano de Reme se compró el piso de abajo. Tenían tres niñas guapísimas que para Justo y Reme eran como sus hijas.

Los años pasaron, y Justo y Reme envejecían juntos y felices.

Un día ella le dijo:

–Van a cerrar la fábrica.

Justo se quedó helado, llevaba desde los 15 años en aquella fábrica y ya había cumplido los 60. No se imaginaba un mundo sin la fábrica.

–¿Cómo?

–Que van a cerrar la fábrica. Ya no es rentable hacer coches aquí. Esta mañana nos llegaron los modelos de las cartas de despido para que las

vayamos redactando con el nombre de cada empleado, el tiempo que han trabajado y el finiquito que les corresponde.

–¿Pero Reme, y que vamos a hacer nosotros ahora?

–No te preocupes por nosotros, tu ya tienes 60 años, y yo 61. Nos prejubilaran a los dos y nos quedará una buena paga, a parte de la indemnización. El que me preocupa es mi hermano Paco. Con 53 años no lo prejubilán, además la indemnización que le va a quedar es muy pequeña. Su mujer no trabaja desde que tuvo a la mayor, y no tienen nada ahorrado. No se como van a seguir pagando los estudios a las niñas...

–No te preocupes –le interrumpió él–, nosotros los ayudaremos.

La fabrica cerró, y el barrio que había nacido a su lado se fue deshabitando poco a poco. Remedios y Justo seguían viviendo en su piso de toda la vida, ¿para que iban a cambiar? y debajo seguía viviendo su hermano Paco con su mujer y las tres niñas.

Una mañana Reme se quejó de lo que le dolía la espalda. Justo se sorprendió porque nunca había escuchado a su mujer quejarse de que le doliese nada pero no le dio importancia:

–Con la paliza de mecanografiar que te has dado es normal que te duela la espalda. Tantas horas sentada dándole que te pego al teclado, lo raro es que no te doliese de antes.

Pero aquel dolor fue en aumento, y tres semanas después fueron al médico. Este debió de ver algo raro, porque la mandó al especialista por vía de urgencia, y éste lo vio aún mas claro:

–Su esposa tiene un tumor óseo, tiene todos los huesos de la espalda afectados.

–Por Dios doctor, que es lo que me está diciendo –Justo intentaba asimilar la noticia mientras Reme se vestía en la habitación de al lado–. ¿Qué tratamiento deberá seguir?

–Me temo que no hay tratamiento, le podré recetar calmantes. Pero hagamos lo que hagamos su señora no vivirá mas de un año.

A Justo le asomaban las lágrimas a los ojos, pero se repuso como pudo.

–Por favor doctor, no le diga nada –le suplicó.

Transcurrió el terrible año y Justo acompañó a su mujer hasta el nicho en el que descansaría al fin. Las lágrimas corrían por su cara como a un chiquillo, mientras su cuñado Paco lo sujetaba de un brazo.

–Ya descansa Justo, mejor así que el sufrimiento de los últimos meses.

–Ya Paco, ya. Pero que voy a hacer yo sin ella...

Lo primero que hizo Justo fue darle la mitad de sus ahorros a su cuñado. Le prometió a su mujer que lo ayudarían, y aunque no había dejado testamento Justo sabía que es lo que su Reme quería.

Al poco tiempo Paco se compró un piso en la ciudad y se mudó. Le prometió que irían a visitarlo a menudo, pero las visitas se fueron distanciando más y más. Justo se quedó sólo.

Habían pasado apenas cinco años de estos acontecimientos cuando Justo le enseñó la vivienda de Paco a un individuo que acababa de divorciarse. Desde el principio se cayeron bien. Más aún cuando Justo descubrió que aquel señor era el locutor de El Arjé, programa que seguía desde hacía muchos años. A Andrés le gustó el apartamento. Se ajustaba a lo que había estado buscando, quizás más grande de lo que necesitaba, pero por el precio que pedían era una ganga.

Además, tener a Justo como único vecino le garantizaba la paz que necesitaba para sus lecturas y para preparar sus programas. Al día siguiente de ver la vivienda firmaron el contrato de arrendamiento. Justo le entregó dos juegos de llaves. Andrés las cogió para guardárselas, pero de repente se detuvo. Se quedó pensativo y le devolvió un juego:

–Estoy pensando que, si a usted no le importa, se quede con un juego de llaves. Así si me las dejo dentro tendré a donde acudir a buscar una copia.

–Me parece bien. Yo siempre estoy en casa, así que podrá disponer de ellas cuando quiera.

Andrés sabía que el anciano hablaba de corazón. De hecho no tardó en darse cuenta de que todas las noches esperaba despierto a que llegase en el autobús, por si le hicieran falta las llaves.

CAPITULO 4 BLANCA

–Blanca, soy papá. Llámame cuando puedas.

Pese a que no tenía nada que hacer Andrés se había levantado temprano. Sentía un gran desasosiego, un tremendo vacío. Desde que empezó en la radio, hacía ya más de 30 años, nunca había tenido realmente tiempo libre. Los fines de semana se dedicaba a leer, pero no por el mero placer de la lectura, sino para poder analizar el libro en cuestión en la sección literaria de su programa. Incluso los viajes de sus vacaciones los enfocaba como un reportero. Esa actitud mortificaba a Marta. A Blanca, sin embargo, le hacía mucha gracia. Le gustaba ver a su padre apuntando en su pequeña libreta cada detalle como si un detective privado se tratase.

En realidad Andrés sabía que Blanca no le cogería el teléfono. Nunca lo hacía. No porque se llevase mal con su padre, al que adoraba, sino porqué Blanca nunca cogía el teléfono. Además sabía que estaba trabajando pese a que era sábado. Trabajaba en unos grandes almacenes y precisamente los sábados y festivos era cuando mas horas echaba.

Sonó el timbre, Andrés sabía que era Justo. Los sábados y los domingos el anciano le subía el pan. A pesar de tener más de 80 años caminaba, apoyado en su bastón, todos los días hasta la lejana panadería que quedaba en el barrio.

–Buenos días Andrés. Muy emotivo tu programa de ayer.

Andrés se sintió incomodo. El programa había sido muy sensiblero, tal vez demasiado.

–Ya ves Justo. Después de tantos años...

–No, si lo digo de verdad. Me gustó mucho. Lo que no entiendo porque no le diste más caña a los politicuchos estos, que se gastan dinero en paparruchas y en vez de salvar la emisora.

–Nunca he querido que El Arjé entrará en política. Y no lo iba a hacer en el último programa ¿no?

–No, si está bien, está bien. Sólo que le queda a uno una impotencia... ¿Y ahora que vas a hacer?

Andrés había estado pensando en eso toda la noche. ¿Y ahora qué? La verdad es que no lo tenía claro, pero respondió a Justo, como para convencerse a si mismo:

–Voy a dedicarle más tiempo a mi hija. Apenas disfruté de ella de pequeña.

Nació al año de casarme. Estaba empezando con mi programa y no tenía tiempo para nada.

–¿Qué edad tiene? –preguntó Justo

–24 años.

En anciano torció el gesto, pero no dijo nada. Andrés lo notó y le preguntó:

–¿Qué es lo que pasa?

–Qué aguas pasadas no mueven molinos Andrés. Lo que no disfrutaste con ella en su momento no lo vas a poder hacer ya. ¿No te das cuenta que es ya una mujer?

–Bueno, y que mas da –respondió Andrés con un tono que dejaba ver que no le gustaba lo que le decía el octogenario.

–Nada, nada. Es sólo una opinión.

Pero Justo hablaba con la sabiduría que dan los años, y Andrés lo sabía. Por eso estaba preparado para la conversación que tuvo con Blanca minutos después:

–Papá, he escuchado tu mensaje. ¿Pasa algo?

–No chiqui, era para saber de ti. Hace tiempo que no hablamos...

–Ah, pues nada, me habías asustado. Estoy en el trabajo y acabo de ver el mensaje.

–Bueno, si quieres llámame cuando salgas y ya hablamos más tranquilos.

–No te preocupes, estoy en el descanso.

–Ah, ok. Oye, ¿a que hora sales? ¿Comemos juntos?

–Emm, no. Salgo a las 15:30, pero ya he quedado.

–Bueno, ¿y mañana?

–No, es que me recogen ahora cuando salga, y como mañana no trabajo nos vamos a una casita rural a la sierra.

–¡Qué bien! Pues nada, a pasarlo bien.

–Por cierto, como estas tú. Escuche tu último programa. Fue muy bonito.

A Andrés se le hizo un nudo en la garganta. Le emocionaba que su hija le hubiese estado escuchando. Intentó disimular.

–Bien, hija, bien. ¿Cómo voy a estar? Ahora tengo tiempo libre y voy a poder pasar más tiempo contigo. ¿Cuando te viene bien que nos veamos y charlamos? ¡Te invito a comer en la pizzeria esa que te gusta tanto!

–Bueno papá, ya te aviso yo cuando tenga un hueco. Esta semana estoy de tarde así que no puedo. No te preocupes que ya te llamo yo. Por cierto, la pizzería cerró hace un par de años. Bueno, te dejo que tengo que entrar ya. Un beso.

–¡Un beso chiqui! –le dijo en el momento que Blanca colgaba.

Andrés quedó apesadumbrado. Era consciente de que su hija le había dado largas. El primer fin de semana libre después de 30 años lo pasaría solo. Hasta ahora nunca le había importado la soledad. De hecho era feliz viviendo en plena libertad, sin tener que dar explicaciones y dedicando el tiempo a lo que se le antojaba. Al principio se le hizo duro: sentir la cama vacía cada noche, no compartir el ajetreo mañanero con Marta y Blanca y no ir cada domingo con su pequeña al parque, al cine o a aquella pizzería que tanto le gustaba.

Blanca apenas tenía 14 años cuando Andrés y Marta se divorciaron. En realidad el matrimonio iba mal desde mucho antes, y los dos lo sabían, pero esperaron que la chica fuera lo suficiente madura para tomar una decisión que ya llevaba tomada desde hacía mucho tiempo. Marta quería a Andrés, lo quería de corazón, había sido el único hombre en su vida y probablemente nunca llegaría a querer a ningún otro como lo había querido a él. Pero ella quería tener una persona a su lado, tener con quien compartir su vida, y Andrés nunca estaba.

–Esto es por culpa de la “otra”

–Sabes perfectamente que sería incapaz de serte infiel Marta –respondió el con rotundidad.

–Pues lo eres, se que no con una mujer, pero lo eres, todo los días, cada noche. Las horas que le dedicas a esa maldita radio se lo estas robando a tu matrimonio, me las estas robando a mí –dijo ella entre lágrimas.

–Eso es injusto, Marta, es mi trabajo. Jamás me he metido en tus guardias, en tus turnos o en ese maldito curso de especialización que hiciste

Marta miró a Andrés con odio en los ojos.

–Ese maldito curso, como tu dices, es el que nos está permitiendo vivir. Además no se de que te quejas, me lo pagué yo, y no creo que fuera tanto sacrificio que llevaras y recogieras a Marta del colegio, ¡también es tu hija!

–¡Un curso entero Marta, corriendo de un lado para otro y nunca me quejé!

–¡Pues bien que lo estás haciendo ahora!

–Pero Marta, entiéndelo, yo me debo a mi trabajo... es lo que me gusta hacer. Disfruto en la radio, disfruto preparando mi programa y disfruto cada segundo que paso delante del micrófono.

–Muy bien, pues ni yo ni Blanca te vamos a ser un obstáculo. Ya he hablado con ella y lo entiende. Voy a concertar una cita con un abogado del centro para que nos prepare los papeles de mutuo acuerdo si te parece bien.

–Me parece bien –dijo él mirando el suelo y sin darse cuenta del todo del significado de aquellas palabras.

Diez años habían pasado ya desde aquello. Andrés no había vuelto a recordar

aquella conversación, pero ahora se le venía nitidamente a la cabeza. Tal vez debería haberse opuesto al divorcio. Tal vez debería haber hecho algo. Pero como tantas cosas en la vida ya era tarde. Muy tarde.

Era el medio día y Andrés se dio cuenta de que comería solo. Apenas tenía nada en la nevera. Siempre estaba vacía. Salvo los fines de semana hacía todas las comidas en la radio. Decidió bajar a una pequeña tienda de ultramarinos que había cerca de su casa para comprar algo con lo que aguantar el fin de semana. El lunes ya mandarían a Francisca, la señora que le iba a limpiar la casa un par de veces a la semana, a que comprara algo en la plaza del barrio.

Francisca era una señora gruesa, de 62 años, que había estado desde niña limpiando en la fábrica. Estaba casada con Tomás, al que conoció hacía muchos años allí. Cuando la factoría cerró Tomás cayó en una gran pena. Pena que intentaba ahogar a diario en los bares. A Francisca no le quedó más remedio que seguir limpiando, ahora en las casas. Lo poco que ganaba le daba para mantener a Tomás y mandar algo a su único hijo, condenado a prisión por temas de drogas. Pese a lo dura que la vida había sido con ella Francisca era feliz, tenía una energía y un brillo en sus ojos que admiraba a todos aquellos que conocían su historia. Cuando Andrés llegó al barrio Justo se la recomendó y desde entonces, hacía ya más de diez años, le limpiaba todos los lunes y los viernes.

Cuando aquel lunes Francisca llegó al piso se sorprendió de encontrar allí a Andrés:

–*Don Andrés, ¿no va usted hoy a trabajar? ¿Es que se encuentra mal?*

Andrés la había escuchado entrar, Francisca tenía llaves ya que la casa siempre estaba vacía cuando llegaba.

–*No Francisca, hoy no...*

–*¿Pero se encuentra usted bien?* –Insistió ella. Le sorprendía verlo en pijama, tomando café en la minúscula mesita que había en la cocina mientras ojeaba un libro. El levantó la vista y la miró:

–*Sí Francisca, ahora pasaré más tiempo en casa.*

–*Ah* –dijo ella colocándose un mandil y empezando a recoger todos los trastos que Andrés había acumulado el fin de semana en el fregadero–, *¿entonces es que le han cambiado el programa de hora?*

Francisca tenía la convicción de que el programa era por la mañana, y por eso él nunca estaba allí. Francisca no oía la radio ni veía en la tele nada que no fuera los programas de cotilleo que echaban por la tarde.

–*Sí, Francisca* –respondió Andrés–, *mas o menos, mas o menos...*

Los días pasaban. La soledad cada vez le asfixiaba más. Los días seguían pasando. Y Blanca no llamaba...

CAPITULO 5 EL BASTÓN

El bastón hacía un sonido peculiar al chocar con el mármol de las escaleras. Rítmicamente sonaba a la vez que don Justo bajaba un escalón tras otro: cloc, cloc, cloc... el sonido se iba aproximando. Andrés lo escuchaba mientras se ponía la gabardina, y cuando calculó que ya estaba llegando al descansillo abrió la puerta de la vivienda:

–Justo, buenos días, ¿va usted a por el pan?

–Sí señor –respondió el anciano–, a por el pan y a dar un paseo. La Paca tiene todo patas arriba y las ventanas abiertas. ¡Tuve que ponerme el chaquetón para no morir congelado del frío que hace en el piso!

Francisca también limpiaba la casa de Justo. Todos los miércoles ponía su hogar mangas por hombros y él, desesperado, decidía salir a la calle.

–¿Le importa que le acompañe?

–¡Por supuesto que no! ¿cómo me va a importar! ¿no sabes que los viejos estamos ansiosos de compañía?

–Y los jóvenes también, Justo, los jóvenes también...

Justo sonrió y asintió. Bajaron juntos el último tramo de escaleras y llegaron a la calle. Hacía fresco, el invierno pegaba sus últimos coletazos, y aunque el sol lucía aún no calentaba.

–¿Conoces la fábrica? –preguntó Justo interrogando con sus azules ojos a Andrés.

–He pasado alguna vez por al lado –respondió.

–Eso no es conocerla. Te la enseñaré camino de la panadería.

En realidad no cogía camino de la panadería. Los dos lo sabían, pero también los dos sabían que no tenían otra cosa mejor que hacer...

Ante la sorpresa de Andrés las grandes verjas de la factoría se encontraban abiertas.

–Al principio había vigilantes –explicó Justo–, pero cuando se llevaron las maquinas la abandonaron definitivamente. Las verjas estaban cerradas y encadenadas, pero hace años que rompieron las cadenas y arramplaron con todo lo que tuviese algo de valor. Las verjas aún no se las han llevado por el tamaño que tienen, pero se las llevarán, tarde o temprano se las llevarán.

Andrés volvió a mirar las verjas. Eran enormes, de mas de tres metros de altura, de hierro forjado, arriba llevaban las siglas de la compañía, y el el centro formaba el logotipo de la marca.

Nada más pasar las verjas, a la derecha, había una garita que ocupaba en aquel

entonces el encargado de la barrera de acceso de vehículos. El suelo era adoquinado, y los edificios estaban rematados con tal decoración que mas parecían museos que parte de una fábrica.

–Mira, estos tres edificios eran enteros de oficinas. Aquel el tercero, era el de personal. Allí trabajaba mi Reme, y allí la conocí.

A Justo se le humedecieron los ojos. Andrés fingió mirar hacia otro lado para que se recompusiera. Continuaron caminando hacia adelante:

–Mira, toda esta planta era carrocería y pintura. Luego en aquella le ponían el motor, las ruedas... –dijo Justo caminando tan rápido que a Andrés le costaba seguirlo.

–Y aquí, –dijo deteniéndose en seco–, lo tapizábamos. Era un trabajo artesanal, lo enmoquetábamos entero, ¡hasta el maletero! Forrábamos en cuero el volante, la palanca de marchas, los paneles de las puertas... eran unos coches preciosos...

Justo hablaba con orgullo. Se había dedicado a aquello toda su vida y en su expresión se podía ver que había sido muy feliz haciéndolo.

Andrés no le interrumpió, le escuchó con atención mientras atravesaban la fábrica. Al llegar al final se dirigió a algo parecido a una casa dentro de la factoría. Estaba vacía como una nuez, no había ni puertas, ni ventanas, ni cables ni tubos, ni nada de nada. Solo el esqueleto de hormigón de lo que parecía haber sido alguna vez una vivienda.

–Esta era la casa de los guardas. Había dos, y vivían aquí con sus familias. Cuando cerraron los echaron. Todavía recuerdo como lloraba toda la familia mientras cargaban sus enseres en unas furgonetas que envió la empresa para que se mudasen –explicó Justo–. Ven, entra, por aquí podemos salir si no queremos andar hasta la verja de nuevo. ¿Ves? La vivienda tiene también acceso a la calle. No iban a estar los guardas abriendo y cerrando la verja cuando estaba la fábrica cerrada para entrar y salir ¿no?

Y por allí volvieron a la calle.

Lejos de animarle el paseo por la fábrica había deprimido más a Andrés. Don Justo se dio cuenta y viendo que la mañana no acababa de calentar se dirigió hacía un bar:

–Amigo, vamos a tomar una copita a ver si entramos en calor.

A Andrés le pareció bien. No acostumbraba a beber, y menos a esas horas, pero tenía un desasosiego en el estomago que creía que podría calmar con una copa.

–Este era el bar de los jefes. Aquí hacían la comida de navidad y sus celebraciones. Antes había muchos bares en el Carmen pero ya sólo quedan

tugurios. Este es el único que queda con un poco de clase –explicó Justo. Andrés observó el local. Se veía que había sido cuidadosamente decorado, pero la madera noble de la barra, el cuero de los taburetes, el dorado de las lámparas y todos los objetos de aquel bar tenían la inexorable huella del paso del tiempo.

–Nos pone dos pacharán por favor –dijo Justo al camarero sin preguntar a Andrés que quería beber.

–Verás, es un pacharán artesano que traen de un pueblo del norte que te va a encantar –le dijo viendo su cara de sorpresa.

Se sentaron en una mesita junto a la ventana. A través de los cristales se veía el tétrico perfil de la fábrica abandonada.

–Bueno, ¿qué tal con tu hija?

Andrés casi se atraganta con el trago que acababa de dar al pacharán. Recordaba la conversación que había mantenido con Justo hacía poco tiempo y lamentaba tener que darle la razón.

–Tenía usted razón Justo. Mi hija ya vuela sola. Tiene su trabajo y sus planes y yo me temo no entro en ellos.

–Ya, ya... bueno y ¿a qué piensa usted dedicar su tiempo ahora?

–He estado barajando varias opciones. He pensado prepararme unas oposiciones, pero ya con casi 55 años no me veo. También he pensado escribir un ensayo filosófico.

–Eso está bien, después de los años de radio en los que ha tocado ese tema podría ser un buen libro.

–Ese es el problema –dijo Andrés–, *que llevo tantos años con lo mismo que me gustaría cambiar. Olvidarme de la filosofía, olvidarme de la radio y olvidarme de todo.*

El tono con el que dijo esto último no le gustó nada a Justo.

–Mire Andrés, la vida solo se vive una vez. Ya le dije una vez que aguas pasadas no mueven molinos, pero eso no quita que aguas venideras no sean mejores. Debe embarcarse en un nuevo proyecto, y debe hacerlo cuanto antes. Debe encarrilar su vida. Durante años he visto como se iba en el primer autobús del día y como volvía en el último. He visto como pasaba los fines de semana sin salir de su casa sin mas contacto con el mundo que el que yo le daba cuando le llevaba el pan. Aquella etapa, para bien o para mal ha terminado. Debe rehacer su vida.

A Andrés aquella intromisión en su intimidad le molestó. Le dio un buen trago al pacharán y miró fijamente los ojillos azules de don Justo.

–Mire Justo, agradezco mucho sus consejos, pero creo que soy ya suficientemente mayorcito para llevar mi vida –y volvió a beber.

–No lo dudo Andrés, pero más sabe el diablo por viejo que por diablo, y te puedo garantizar que el tiempo pasa muy rápido. Demasiado. Y antes de que te quieras dar cuentas te verás con uno de estos –dijo Justo mostrándole el bastón.

–Justo, por favor... –dijo Andrés riendo–. Precisamente usted tiene una vitalidad tremenda. Me he fijado durante todo el paseo y el bastón lo lleva de adorno, ni siquiera se apoya en él. ¿para qué lo lleva?

–Este bastón me lo regaló mi Reme, en paz descanse, cuando cumplí los 65 años. Ella siempre decía que las personas se hacían viejas a los 65 años. A los 64 eres joven y al siguiente viejo. Así que cuando los cumplí me lo regaló como símbolo de que había llegado mi vejez. Nunca supe por qué tenía esa idea en la cabeza. Sería de preparar las cartas de jubilación en el departamento de personal tal vez. Estuvo allí desde los 16 años, y a lo mejor por eso... y fijate mi pobrecita: no fue vieja ni dos años.

Y don Justo se apuró la copa de un trago.

Salieron del bar y continuaron su paseo hacia la panadería, Andrés se sentía en deuda con Justo. Le gustase o no todo lo que le había dicho era verdad, y los consejos se los daba por su bien. En un intento de satisfacerlo, dijo sin pensar:

–Voy a escribir un libro.

–¿Sí? ¿De qué?

–Mis memorias –dijo nuevamente sin pensar.

–Jajaja, pero si usted es un chaval, ¿qué memorias va a escribir? ¿qué tiene, 54 años? Esperese un poco más para contar su vida...

–Entonces escribiré las tuyas, dijo Andrés burlescamente.

Justo soltó entonces una sincera y sonora carcajada. Se puso colorado como un tomate y Andrés temió que le fuera a dar algo

–Jajajaja, por Dios Andrés, ¡que cosas dice usted! ¿y quien se iba a leer eso? Las memorias de un pobre viejo que se pasó la vida tapizando coches... que bueno es usted Andrés –dijo aún riéndose mientras entraba ya en la panadería con su bastón en la mano.

CAPITULO 6 LA SIRENA

La sirena causaba un efecto hipnótico en Andrés. Desde que era niño no podía dejar de mirar las luces que los coches de policía y los camiones de bomberos llevaban sobre sus techos. Ahora Andrés tenía la vista fija sobre la luz naranja que no dejaba de girar sobre la ambulancia del 061 que había delante de su casa. Las fachadas de las viviendas vecinas, oscuras con la noche, se teñían de naranja una y otra vez. La bocina ya no sonaba pero Andrés la oía todavía dentro de su cabeza. ¿Qué le había pasado a Justo? Se le veía tan fuerte, tan vital, con tanta energía que quien se iba a imaginar algo así...

Esa mañana Andrés se levantó temprano, como todos los días. Se duchó con la tranquilidad y la parsimonia con la que se duchaba desde que cerró la radio. Se tomó un café con una magdalena de pié en la cocina. Se puso la gabardina y esperó en el recibidor de su casa a escuchar el “cloc, cloc” del bastón de don Justo para ir con él a comprar el pan, como llevaba haciendo ya desde hacía varias semanas. Pero el puntual golpeteo del bastón no se producía. Andrés miró el reloj varias veces.

–Me habré retrasado al ducharme –pensó–. Habrá pasado por el descansillo y habrá seguido con su rutina pensando que yo no iba a ir hoy.

Andrés salió a la calle. Los días eran ya algo más cálidos.

–Ya mismo me va a sobrar esto –se dijo a si mismo mirándose la gabardina.

Y comenzó su andadura hacia la panadería. Por el camino se cruzó con Francisca, que estaría trabajando en alguna casa cercana e iría a algún mandado ya que llevaba el mandil y además caminaba con presteza.

–¿Hoy no va con don Justo a dar el paseo?

–No, parece que hoy me ha adelantado.

–A ese viejo le va a dar algo andando por ahí solo... hasta mañana don Andrés.

–Hasta mañana Francisca.

Andrés pasó por delante de la tienda de ultramarinos. Pensó en comprar allí el pan, aunque don Justo dijera que el pan prefabricado de allí ni era pan ni era na. Pero no lo hizo, pensó que si el anciano había ido a la panadería ya le habría comprado el bollo y la viena que solía gastar. Continuó su paseo pensando que en cualquier momento se cruzaría con él. Llegó a la panadería, le preguntó a la panadera si don Justo ya había comprado el pan. Ella le contestó que no, así que compró al pan de los dos. Salió de la panadería convencido de que el viejo

estaría en el bar “de los jefes” pegándose un lingotazo de pacharán pero tampoco allí lo encontró. Andrés empezó a preocuparse. Volvió a su casa y por el camino se encontró de nuevo con Francisca:

–Francisca, ¿sabe usted si don Justo iba hoy a algún sitio? –preguntó.

–No que yo sepa. ¿Por qué?

–No lo encuentro por ningún lado. No ha comprado el pan ni está por donde suele parar.

–No se preocupe don Andrés. Este viejo lleva tiempo diciéndome que quiere ver a las niñas.

–¿A las niñas?

–Sí, a sus sobrinas. Las hijas del Paco –respondió ella.

–A sí, sí, –dijo Andrés algo más aliviado–, de todos modos, ¿no tendrá usted la llave de su casa para echar un vistazo?

–No don Andrés. Nunca me las ha dado. Él siempre está allí cuando voy y no me hacen falta. Pero no se preocupe, seguro que después de comer está de vuelta.

Andrés siguió su camino algo más tranquilo. Si había cogido el 67 de las 8:00 era lógico que no lo hubiera escuchado salir porque se había tirado más de media hora en la ducha.

Andrés comió tarde. Se preparó unos huevos fritos con chorizo y patatas que le supieron a gloria. Con el postre puso la tele, y con un soporífero documental se quedó frito. Sobre las cinco se despertó sobresaltado. Intuía que algo malo pasaba. Se levantó del sofá, cogió sus llaves y subió a casa de Justo. Llamó al timbre que sonó metálico y grave, volvió a llamar. Nadie respondía. El piso parecía vacío. Insistió una tercera vez. Nada.

Bajó a su casa, por Dios que este en casa de su cuñado, pensó. Cogió el teléfono y llamó a su casero. Los pitidos que indicaban que la llamada se estaba realizando resultaban interminables, piii, piii, piii, piii, piii, piii, piii, piii, parecía que nadie iba a responder cuando al fin alguien contestó:

–Sí, dígame.

–Sí, buenas tardes. ¿Paco?

–Sí, soy yo. ¿quién es?

–Soy Andrés, su inquilino del Carmen.

–¡Ah! Buenas tardes Andrés. No tenía tu móvil grabado y pensaba que serían los de los teléfonos vendiéndome algo... bueno, cuéntame.

–No, sólo llamaba para...--Andrés se sintió un poco ridículo, si don Justo estaba allí parecería un vecino entrometido, un cotilla aburrido que controlaba todos los movimientos del anciano–, llamaba para preguntar si don Justo esta

con vosotros.

—¿Con nosotros? —respondió Paco.

A Andrés se le heló la sangre. Si don Justo no estaba allí es que algo le había pasado. No quería alarmar a su cuñado, pero debía decirle que algo terrible estaba pasando.

—Sí, ¿no ha ido a veros hoy?

—No, por aquí hace meses que no viene.

--¿Tienen copias de las llaves de su casa?

--Sí, creo que mi mujer guarda un juego por aquí. ¿Por que'? ¿Qué sucede?

—Por favor, venga en seguida. Creo que le ha pasado algo...

Andrés no entendió como Paco llegó tan pronto. Había vuelto a casa de Justo y había intentado echar la puerta abajo, pero la puerta, pese a ser vieja era recia y firme. Acababa de desistir cuando escucho unos pasos, que rápidos, casi corriendo, subían por las escaleras. Venía pálido, jadeando del esfuerzo de haber subido las escaleras como un chaval que ya no era. Casi temblando le dio las llaves a Andrés para que abriese.

—Por Dios, como le haya pasado algo mi mujer no me lo perdonará. No debimos dejarlo nunca aquí solo —dijo casi llorando, presagiando lo mismo que Andrés.

Abrieron la puerta. Había empezado a anochecer y tenían que ir encendiendo luces a la vez que avanzaban. El piso tenía la misma distribución que el de abajo, por lo que Andrés se sintió orientado desde el primer momento. La cocina, mucho más vieja que la suya se encontraba limpia y recogida. También el salón estaba recogido. Se dirigieron a dormitorio. Andrés iba delante mientras Paco, a su espalda, iba casi rezando:

—Qué este bien, por Dios, que esté bien.

Encendieron la luz del dormitorio, la lampara tenía unas bombillas de bajo consumo que tardaron en empezar a dar luz. En la cama se distinguía un bulto. Andrés y Paco, paralizados, forzaban los ojos para ver que es lo que había, pero a medida que las bombillas dieron mas luz fueron descubriendo que eran solo las sábanas y las mantas enrolladas. Los dos suspiraron.

—Uf, que susto me has dado —le dijo Paco a Andrés—, mi cuñado habrá ido a comprar algo a la ciudad. Seguro que está al llegar, y como nos pillé aquí nos va a caer una buena. Desde que falleció Reme solo dejó entrar a la Paca y porque alguien tiene que limpiar, que si no...

Andrés suspiró. Se sentía aliviado. Iban a salir del piso cuando al pasar al lado de la puerta del baño se detuvo. Paco detrás de él leyó sus pensamientos. Los

dos abrieron lentamente la puerta. La luz que entraba por el ventanuco apenas dejaba ver el interior. Encendieron el tubo fluorescente y entre parpadeo y parpadeo antes de encenderse contemplaron con horror el espectáculo que les esperaba. Don Justo, desnudo y bocabajo sobre su brazo derecho, yacía encima de un gran charco de sangre. Parecía que hubiese resbalado al salir de la bañera y hubiera golpeado con la cabeza en el lavabo. Andrés estaba paralizado. Paco se acercó lentamente. Se agachó junto al anciano y de repente gritó a Andrés: *–¡Llama a una ambulancia! ¡Parece que aún está vivo! ¡Llama a una ambulancia! ¡Sí, creo que respira!*

Andrés fue al salón, junto a la terraza. Sabía que allí había más cobertura y llamó al 061. No tardaron mucho en llegar. Andrés que los esperaba abajo les indicó el portal y el piso. Los sanitarios entraron en el edificio y escuchó como subían corriendo las escaleras. Él se quedó quieto junto al portal, nada más podía hacer ya, tenía la mente en blanco y la mirada perdida, no, perdida no, fija en la sirena.

CAPITULO 7 LA PROPUESTA

La propuesta le pareció descabellada. No obstante le dijo que se lo pensaría.

–No es el momento de contrariarlo –se dijo a si mismo.

Habían sido unos días muy duros, pero Andrés creía ver la luz al final del túnel. Si el 061 hubiese tardado 5 minutos más en llegar Justo habría fallecido desangrado. El cabezazo contra el lavabo, a parte de dejarlo inconsciente, le produjo una enorme brecha por la que perdió gran cantidad de sangre. Además se partió el brazo derecho por varios sitios.

Tras varias semanas en el hospital el enfermo parecía ir encontrándose mejor. Le habían tenido que hacer no pocas transfusiones de sangre y cuando se encontró fuera de peligro someterlo a una larga intervención en el brazo para unir sus astillados huesos. Entre una cosa y otra Justo paso sedado casi toda su estancia en el hospital. Mantener una conversación con él era poco menos que imposible, ya que sus desvarios producidos, bien por los sedantes, bien por el fuerte golpe recibido, eran constantes. Por eso Andrés no le dio demasiada importancia a la conversación de esta mañana:

–Buenos días Justo ¿está usted ya listo para nuestros paseos mañaneros?

–Casi casi –respondió sonriendo.

–¿Qué tal se encuentra?

–Parece que mejor. Hoy no me ha dolido tanto la cabeza como en días anteriores. Pero parece que este brazo me va a reventar.

–Bueno Justo, me temo que tendrá que llevar el bastón con la mano izquierda una temporada.

–Jajaja, no había pensado en eso –respondió el octogenario–. Le estaba esperando. Ha sido muy amable por venir todos estos días a verme. Quería agradecerle que lo haya hecho y que me salvara la vida.

–Yo no le salvé la vida, Justo, lo hicieron los médicos.

–Sí, pero si tú no te hubieras dado cuenta yo me hubiese muerto solo como un perro, tirado en el cuarto de baño y empapado en mi propia sangre. Solo pensarlo...

y don Justo sacudió la cabeza como para quitarse esos pensamientos de la cabeza.

–Bueno, borre esas ideas.

–Mañana me hacen unas pruebas y si todo sale bien pasado me dan el alta.

–¿Y que va a hacer? ¿se quedará en casa de su cuñado hasta que se recupere?

–Y por qué tendría yo que irme a casa de nadie.

–No sé, con el brazo así... y además los médicos han dicho que es bueno que esté acompañado. No saben si el golpe en la cabeza...

–A mi cabeza no le pasa nada. Y con un brazo me valgo mejor que mucha gente con los dos. Ayer discutí este tema con Paco y le dejé bien claro que no pienso irme de mi casa.

–Pero entre usted en razón. ¿Cómo piensa en hacerse de comer, y bañarse, cree que se podrá bañar con el brazo así?

–Ya le he dicho a mi cuñado para que hable con la Paca para que vaya todas las mañanas, salvo las que va a su casa, claro.

–Muy bien, Francisca le puede limpiar la casa y hacerle de comer. Pero ella ya tiene una edad, y no creo que le pueda ayudar a limpiarse ni a realizar las curas que su brazo necesita.

–También he hablado eso con Paco y ya está solucionado.

–Y ¿cómo lo vais a solucionar?

–Sencillo, usted me va a pagar una enfermera.

–¿Qué que? –preguntó Andrés asombrado.

–Tranquilo, tranquilo –dijo don Justo riéndose–, mi cuñado me ha dicho que usaremos el alquiler que usted paga para que vaya una enfermera por las tardes. ¿Lo entiende ahora?

–Sí –respondió don Andrés riendo–, no era por no pagarsela, que conste, es que mi economía no pasa por su mejor momento.

–Pues de eso también quería hablarle yo.

–¿De mi economía?

–Sí, de su economía. ¿ha empezado usted alguno de sus proyectos?

–No, aún no –dijo Andrés un tanto desconcertado.

–Pues tengo un encargo para usted. Quiero que escriba mis memorias.

–Jajajaja –Andrés rió de buena gana. Recordaba la conversación que mantuvieron en su primer paseo y creía que Justo le tomaba el pelo. Lo miró y vio su expresión seria y sus ojillos azules fijos en él.

–¿No está usted hablando en broma?

–Lo estoy diciendo totalmente en serio.

–Pero don Justo, usted mismo lo dijo, sus memorias no serían vendibles.

–Ni falta que hace. No quiero publicarlas. De hecho sólo quiero un ejemplar. Pero tranquilo, le pagaría por realizarlas.

Andrés se puso serio:

–No es cuestión de dinero. Es simplemente que no entiendo por qué ahora quiere escribir sus memorias.

–Mire Andrés, he disfrutado de una vida feliz. Jamás me he preocupado del pasado. He vivido el día a día y rara vez he mirado atrás. Ahora que ha estado a punto de extinguirse me he dado cuenta de una cosa: No dejo nada.

–Pero Justo, como dice usted eso. Le queda todavía mucha guerra que dar. Y dejar no tiene porque dejar nada a nadie.

–No me entiende usted. No me refiero a dejar algo material, me refiero al recuerdo. No tuvimos hijos, y a parte de Paco y los suyos no nos queda familia. Cuando falte, Reme y yo pasaremos al olvido. Me gustaría dejar testimonio de nuestras vidas.

–Creo que el golpe en la cabeza le ha afectado más de lo que imaginábamos.

–Estoy hablando en serio Andrés y tengo la firme decisión de escribirlas. Me gustaría que usted me ayudase, pero si no quiere buscaré a otro.

–Bueno Justo, no se ponga usted tan serio. Cuando le den el alta iré subiendo a su casa y poco a poco le iremos dando forma...

–De poco a poco nada. Quiero empezarlas en cuanto me den el alta y acabarlas en menos de un mes.

–Bueno, vale, pues nos pondremos manos a la obra en cuanto le den el alta.

–Perfecto Andrés, muchísimas gracias. Sabía que podría contar con usted. Vaya preparando las maletas...

–¿Qué prepare qué? –Andrés creyó que el anciano deliraba.

–Las maletas, claro, es verdad, que no se lo he dicho. Para empezar mis memorias debo hablar del pueblo en que nací. Quiero ir. Ver si viven aún mis hermanos y pasar algunos días. Comprobar si el campo huele como recuerdo, recorrer las montañas por las que pastoreaba y beber agua de la fuente del Acebuche...

–Ahí no le voy a poder ayudar yo Justo. Soy de ciudad y se me da bastante mal el campo. Además no tengo coche. Por no tener no tengo ni el carné de conducir.

El anciano frunció el ceño. Con eso no contaba. Andrés respiró aliviado pensando que tal vez con esa excusa pudiese hacer desistir al viejo.

–Bueno, bueno... usted piense lo del viaje. El campo no es tan malo: le vendrá bien. Y por lo del coche no se preocupe. Ya buscaré una solución –le dijo a modo de despedida.

Andrés salió de la habitación turbado. No sabía en que momento se la habría pasado semejante majadería por la cabeza. Bueno, cuando le den el alta a lo mejor se le ha pasado, pensó. Y sino con decirle que no pienso participar en semejante proyecto seguro que desiste. ¿O no?.

–Pero esa chica tendrá otra cosa que hacer que pasearle a usted por todo el país.

–La verdad es que no. Dice que le viene bien salir del barrio unos días. Desde que su padre falleció hará un año ha estado encerrada en su casa. Así que hasta le hago un favor...

–Un favor... –repitió Andrés mecánicamente.

–Bueno, vaya a preparar sus cosas. He reservado una semana en un hostel rural con el que acabo de contactar telefónicamente. Así que llévese todo lo necesario para ese tiempo. Nos vemos mañana a las 08:00 en el portal.

Y siguió hojeando el gran libro, que no era más que un gran atlas de mapas. Don Justo se estaba preparando a conciencia el viaje.

Al final Andrés había aceptado aquella ridícula propuesta.

CAPITULO 8

EL VIAJE

El viaje empezó de la peor manera posible para Andrés. No había pegado ojo en toda la noche. Hacía años que no salía de viaje y la ansiedad que sentía le impedía conciliar el sueño. Se levantaba de la cama una y otra vez a mirar si había metido todo en la maleta. Volvía a la cama se reía de si mismo:

–Andrés –se dijo–, pareces un niño que va de campamento.

Y realmente lo parecía.

Faltarían diez minutos para las 8:00 cuando escucho el característico “cloc, cloc” del bastón de don Justo por las escaleras, junto a otras pisadas, posiblemente las de su conductora-enfermera. Andrés saltó de la cama ¡se había quedado dormido! Nunca usaba despertador, y la noche en vela le había jugado una mala pasada. Entró en el baño, se duchó, si a aquello que hizo se puede llamar así, porque apenas corrió agua por su cuerpo, se limpió los dientes, se echó desodorante y se vistió a toda prisa. Ya eran las ocho y pico y aún no había salido de su casa. Corría de un lado para otro: el móvil, las llaves, la cartera, el desodorante que me lo dejo, el cepillo de dientes... y cada vez que iba a salir por la puerta se acordaba de algo nuevo. Finalmente con un “que sea lo que Dios quiera” salió, echó la llave de la puerta, y bajó al fin.

En la acera del portal le esperaba don Justo. Se le veía radiante de felicidad. Sus ojillos azules brillaban de un modo especial. Vestía ropa rústica: sus buenos pantalones de pana, chaleco grueso verde cacería, pañuelo al cuello y chaquetón de trapo. Desde luego muchísimo más preparado de lo que iba Andrés, que vestía unos vaqueros, una camisa de cuadros gruesa y su inseparable gabardina.

–No sabía yo que era usted de los que llega tarde a los sitios –dijo Justo.

–Perdonarme, pero es que me he quedado dormido.

–Pues ya nos íbamos sin usted –dijo don Justo riendo.

La conductora aguardaba dentro del coche, daba suaves acelerones para que el motor fuese cogiendo temperatura. El vehículo era un pequeño utilitario blanco, que ya tendría sus años. Los tres irían cómodos, pero un cuarto viajero sería excesivo para aquel coche tan chico. No obstante el maletero era más amplio de lo que cabía esperar en ese vehículo, y la maleta de Andrés entró sin dificultad.

–¿Cree que este coche llegará hasta su pueblo? –preguntó a don Justo mientras cerraba y comprobaba que estaba bien cerrado el maletero.

–Seguro. Cuando era joven los autobuses tardaban 2 días en cubrir los 300 kilómetros. Pero ahora en 4 horas se cubre el trayecto. Nosotros tardaremos algo más porque quiero que Sandra vaya por la carretera antigua, haciendo el

mismo trayecto que hacía en aquel entonces el autobús. Pero aún así no llegaremos antes de la noche –explicó don Justo mientras se dirigía a la puerta del copiloto. El automóvil no tenía puertas atrás, por lo que debían entrar por esta.

–Yo iré detrás, con el brazo en cabestrillo iré más a gusto en el sillón trasero que en ese tan encajonado –dijo señalando el asiento del copiloto. Agachó la cabeza, empujó el asiento hacia adelante y se introdujo en el coche. Andrés volvió a colocar el asiento y se introdujo con cuidado de no dar con la cabeza en el techo mientras Justo, ya acomodado detrás, iniciaba las presentaciones: *–Sandra, este es mi amigo Andrés. Andrés esta es Sandra, mi enfermera-conductora* –dijo con tono alegre y desenfadado.

–Encant... encantado... –dijo Andrés con la mano estirada. Hasta ahora no había visto a su compañera de viaje.

–Igualmente –respondió ella estrechandosela con una agradable sonrisa. Andrés estaba petrificado. Aquella chica a la que acababa de dar la mano era la misma a la que se la acariciaba en el autobús seis años antes. Avergonzado se puso a mirar por la ventana como hiciese antaño.

–Bueno, pues ya vamos todos en el osito de Sandra –dijo Justo.

–¿Cómo dice? –preguntó Andrés sin saber de que hablaba el anciano. Sandra se sonrojó.

–El osito es como llama Sandra a su coche –explico don Justo–, *porque siempre lleva este aquí.*

Y cogiendo un peluche que adornaba la bandeja trasera con su brazo izquierdo se lo mostró a Andrés, que miraba hacía atrás.

La anécdota del osito rompió algo el hielo y Andrés se sintió más cómodo.

Tuvieron que atravesar toda la ciudad, ya que el camino al pueblo de don Justo cogía al lado inverso de donde se encontraba el Carmen. Tras unos veinte minutos lograron dejar la ciudad atrás y empezaron su camino por una carretera secundaria tal y como don Justo había planeado.

–Ahora, a unos 15 kilometros veras una venta a la derecha, la venta El Sombrero. Parate, desayunaremos allí.

A los 15 kilómetros aproximadamente llegaron a la venta.

–Esta era la primera y ultima parada de todos los autobuses que salían y entraban en la ciudad. Siempre estaba llena de gente y la conocían en toda la provincia –dijo don Justo al bajar del coche.

Andrés miraba desde el parking de albero aquella venta y le costaba creer lo que el anciano decía. Era posible que antes de que se construyera la autopista aquello fuera un punto neurálgico. Pero ahora raro sería el que parase allí y no

fuera un narcotraficante o un camionero buscando prostitutas.

Don Justo entró en la venta, mientras Andrés, en la puerta, esperaba que Sandra cerrase el coche. Estaba preciosa. Los años le habían sentado bien, y pese a vestir de modo informal radiaba. Andrés se sonrojó al notar que ella descubría como la miraba. Agacho la mirada y le sujetó la puerta del bar para que pasara. Ella pasó rozándolo, dejando una fragancia a su paso que le hizo temblar.

Don Justo ya estaba en la barra. Andrés se sorprendió del interior de la venta. Era enorme, con altas columnas de ladrillos de adobe que se unían en grandes arcos que sujetaban las vigas de madera de un enorme techado a dos aguas. A la mitad, aproximadamente, entre dos de aquellas columnas, estaba la barra en la que esperaba don Justo. Detrás había apilados decenas de barriles. Aquello debió haber sido una bodega antes que venta, pensó Andrés.

–*¿Tres tostadas y tres cafés con leche?* –preguntó don Justo a sus compañeros de viaje.

–*Sí, pero yo no quiero café. Prefiero un zumo de naranja natural* –respondió Sandra.

–*Yo sí, por favor* –dijo Andrés.

Enseguida los desayunos estaban servidos. En una mesa cuadrada se encontraban Justo y Andrés frente a frente, y Sandra entre los dos.

–*Probad la manteca colorada de aquí. No probareis nada igual* –dijo don Justo.

–*No deberíais comer esas cosas, y menos usted. A su edad tendría que cuidarse mucho más* –dijo Sandra mientras echaba un espeso chorreón de aceite de oliva a la rebanada de pan de pueblo que aún humeaba.

Andrés y Justo se miraron, y haciendo caso omiso a la enfermera enterraron sus cuchillos en el tazón que contenía la manteca y la extendieron sobre el migajón de aquel pan. Desayunaron sin prisas, disfrutando de cada bocado.

–*Bueno, Andrés y usted a que se dedica* –preguntó la chica.

–*No me llames de usted. Me hace sentir viejo* –respondió él complacido de que le hablase.

–*Vale, vale. Entonces, ¿a qué te dedicas?*

–*Soy, bueno, he sido locutor. La emisora en la que trabajaba ha cerrado y ahora estoy en el paro.*

–*Vaya... como está la cosa. ¿Y tienes algo a la vista?*

–*No, de momento nada. Me he dedicado toda la vida a la radio y prácticamente no se hacer otra cosa.*

–*Bueno, no desespere, seguro que encuentra algo.*

Don Justo los observaba con la boca llena. Estaba callado disfrutando de su tostada de manteca, de su café y de la conversación que Andrés y Sandra

mantenían. Siguieron hablando hasta que apuraron sus desayunos. Volvieron al coche y al salir a Andrés no le pareció la venta tan cochambrosa como cuando entraron. El día era más luminoso, el aire más limpio y hasta el viaje le empezaba a parecer una gran idea... sólo le pesaba que con las prisas no se había afeitado y apenas se había peinado.

Al cabo de una hora el paisaje empezó a cambiar. Aparecían las primeras montañas, los primeros cercados de piedras, una arboleda más densa y la carretera se retorció cada vez más. Andrés disfrutaba con todo este espectáculo, pero sobre todo contemplaba maravillado cómo Sandra tomaba las curvas. De repente se escuchó un ruido dentro del coche, Sandra y Andrés se miraron y se empezaron a reír: don Justo dormía como un niño y roncaba como un demonio. Cada vez la carretera era más enrevesada y el espectáculo más grandioso. Al coronar un puerto de montaña vieron un mirador y decidieron parar. Don Justo aún dormía, y no se percató de la parada. Andrés y Sandra se bajaron y se asomaron al mirador.

–*¡Mira esos pájaros!* –dijo él señalando el cielo.

–*¡Son enormes! ¿Son águilas?* –preguntó ella.

–*Me imagino que sí, habría que despertar a don Justo para que nos lo confirmases.*

–*Déjalo dormir. Los calmantes para el brazo le dan sueño.*

Y los dos, en silencio, siguieron mirando los pájaros. Poco a poco, ella que estaba delante de él apoyó su espalda contra su pecho. A Andrés le pareció que el corazón se le iba a salir por la boca. Allí estaban los dos, señalando los pájaros con el dedo. Apoyados el uno en el otro. Sin saber como ni por qué el destino los había llevado allí. Andrés aspiraba el olor de aquel cabello castaño que tenía a pocos milímetros de su nariz. Aspiraba la fragancia que desprendía su perfume, sentía el calor de la espalda en su pecho y deseaba que aquel momento no se acabara nunca.

–*¿Porque no me habéis avisado?* –dijo don Justo mientras salía torpemente del vehículo.

Sandra se separó súbitamente de Andrés. Parecían dos niños a quienes su madres les hubiera pillado haciendo algo malo.

–*Yo también quiero ver el paisaje* –dijo el anciano que parecía no deparar en la turbación de ambos–, *me he quedado un poco traspuesto en el coche.*

–*¿Un poco traspuesto nada más don Justo? Pero si ha roncado y todo.*

–*Imposible. Yo no ronco* –afirmó el octogenario asomándose al mirador.

Continuaron el viaje y llegaron a un pequeño pueblo. Bueno, en realidad llamar

pueblo a aquello resultaba un tanto pretencioso. El conjunto, compuesto por una pequeña ermita, cinco o seis casas y una fuente en el centro no llegaría a la categoría de aldea.

–*Aquí se fabrican las mejores prendas de lana de toda la comarca* –dijo Justo.

–*Pues no se donde ni quienes* –dijo Andrés mirando alrededor.

Sandra, que se reía del comentario, dio un resbalón sobre las piedras húmedas del pavimento dando un señor culazo. Ahora eran los tres los que reían mientras Andrés le ayudaba a levantarse. Una señora gruesa con pañuelo en la cabeza que salía de una casa se acercó al ver el batacazo.

–*¿Se ha hecho usted daño señora?*

–*No* –dijo ella sacudiéndose el trasero mientras Andrés le sujetaba aún por el otro brazo–, *me encuentro bien, gracias por preocuparse.*

–*¿Vienen ustedes por las prendas de lana?* –preguntó la señora.

–*Sí señora* –dijo don Justo con satisfacción–, *me gustaría que mi burlón amigo viese la calidad de las prendas que aquí hacéis* --dijo clavando en Andrés sus ojillos azules.

La señora se dirigió hacia una de las casas que flanqueaban la fuente. Sacó una enorme llave del bolsillo del delantal que llevaba y la abrió.

–*Pasen, pasen ustedes* –invitó la señora.

Era una sala cuadrada de la que sobresalían de las paredes de piedra listones de madera de donde colgaban en unas especie de perchas las prendas. Andrés quedó sorprendido de la calidad y el acabado de aquellas ropas. Estuvieron unos minutos viendo aquellas muestras de artesanía.

Ya habían salido Sandra y Justo cuando Andrés se dirigió a la señora:

–*Me gustaría esta rebeca de lana sin mangas y este gorro.*

Se trataba de dos prendas que Sandra se había probado instantes antes sin que, aparentemente, ninguno de los hombres se percatase.

Al salir Andrés se dirigió a Sandra que junto a la fuente jugueteaba metiendo un dedo en el agua. Se aproximó mucho y casi en el odio le dijo dándole la bolsa:

–*Un regalo por aquellos maravillosos momentos en el autobús.*

Ella, que estaba de espaldas a él y no se lo esperaba casi se estremece al escuchar aquel susurro al oído.

Mientras don Justo preguntaba a la señora, mientras cerraba aquella puerta con la enorme llave, donde comer por aquella zona.

Minutos después los tres se encontraban sentados alrededor de una mesa cuadrada frente a una enorme chimenea. Los dos hombres estaban sentados de

frente, mientras a ella le quedaba delante la chimenea. El brillo de las llamas se reflejaba en los ojos de ella, y Andrés apenas podía dejar de observarlos mientras don Justo hablaba:

–Sobre la seis llegaremos a mi pueblo. Hice algunas llamadas ayer y he reservado tres habitaciones en un hostel rural que hay en el mismo pueblo, pero vamos, como si lo hubiésemos reservado entero porque según me dijo el dueño sólo tiene cuatro habitaciones y en esta época del años es muy raro que se alquilen todas.

La comida fue espectacular. Andrés y Justo caminaban hacia el coche marcando ligeras eses mientras Sandra los observaba:

–Creo que os habéis pasado un poco con el vino –les dijo.

Y no iba muy desencaminada porque a los pocos minutos de montarse en el coche los ronquidos de don Justo eran acompañados por los de Andrés.

Así, dormidos los dos, acabaron aquel viaje de ida.

CAPITULO 9 EL PUEBLO

El pueblo de Justo, Grosellero, era precioso. Sandra avisó a sus dos compañeros de viajes que roncaban sin moderación alguna.

–Señores, señores –dijo Sandra levantando la voz–, ir despertando que ya estamos llegando.

Efectivamente, desde algunas curvas ya se divisaba el pueblo. Sus casas de piedra con tejados de pizarra se perfilaban armónicamente en la falda de aquella montaña. De casi todas las chimeneas salía una estela de humo blanco que se juntaban formando una siniestra nube.

–Ejem, grrrmm, –Justo, se esperazaba y hacía ruidos con la garganta.

–Sí, ya lo había visto –dijo Andrés.

–Pues lo habrás visto en sueños –dijo ella riendo–, porque hasta hace un momento estabas roncando.

–¿Pero ya estamos aquí? ¿Tanto tiempo he dormido? –se sorprendió el anciano.

–Dos horitas y media Justo, y tranquilo, no has sido el único que dormía. Parece que el vino os ha afectado por igual a los dos.

Grosellero se encontraba a la mitad de la la falda del monte más alto de aquella sierra y ante él se presentaban sierras más bajas que mostraban sus pueblos y aldeas como si de un belén se tratara. Estaba orientado a levante por lo que ver amanecer era un autentico espectáculo, reclamo que usaba el pueblo para atraer turistas. Pero en esta época del año los días eran aún muy cortos, amanecía tarde y anocheecía temprano. La gran mole de granito en la que se ubicaba el pueblo lo refugiaba de los vientos del norte, le daba unas vistas envidiables pero a cambio tenían que pagar el tributo de tener las tardes más cortas de todo el país. A partir del mediodía la sombra del pico de la montaña caía sobre las casas y en invierno a partir de las cuatro parecía que ya era de noche. Esto hacía que los veranos fueran suaves y que el pueblo entero se llenara de forasteros que disfrutaban de su clima, sus paisajes, su gastronomía y de sus gentes. Esto había propiciado que en los últimos tiempos se habilitasen muchas viviendas como casas rurales e incluso que surgieran en el pueblo media docena de pequeños hostales. Precisamente a uno de estos era al que los tres viajantes se dirigían.

–No tienes que entrar en el pueblo –dijo Justo–, según me indicó el chico que lo regenta el Hostal está en la misma entrada, donde los civiles.

Y efectivamente, en la misma calle que daba entrada al pueblo lo encontraron: Hostal el Gallo. Y no se quedó corto “el chico que lo regentaba” al decir que

estaban “donde los civiles” ya que el hostel ocupaba el mismo edificio que en su tiempo fuese la casa cuartel del benemérito instituto.

Los tres salieron del coche y lo primero que notaron fue el intenso frío. Andrés temió no haber elegido el equipaje adecuado para aquel clima. Cogió su maleta y la de don Justo mientras Sandra cogía otros dos enormes maletones.

–*¡Qué venimos sólo una semana!* –le dijo Andrés riendo a la muchacha.

–*¡Cómo se nota que no sois mujeres!* –dijo ella mientras levantaba los dos pesados bultos.

Accedieron al hostel. Tenía una pequeñísima recepción nada más entrar con un mostradorcito. Al frente, junto al mostrador, había una escalerita que subía a las habitaciones. A la derecha había un gran salón con una enorme chimenea con troncos de encina ardiendo, una mesita baja con un sofá y dos sillones flanqueándola, una hermosa mesa de billar y una pequeña barra al fondo tras la que, en una balda de madera, se veían botellas de licores de distinto tipo y ante ella tres taburetes forrados en cuero. A la izquierda podía verse otra sala, esta con dos mesas con 4 sillas cada una a ambos lados, que hacía de comedor. Las campanillas que habían sonado al abrir la puerta de la calle habían alertado al recepcionista, que salió del comedor y enseguida ocupó su lugar tras el mostradorcito de la entrada.

–*Buenas tardes, ¿en que les puedo ayudar?* –dijo él, que sabía de sobra quienes eran aquellos visitantes a los que llevaba todo el día esperando.

–*Sí, buenas tardes, verá* –dijo Justo–, *me llamo Justo Torres, tenía tres habitaciones reservadas.*

–*Sí don Justo. Le estábamos esperando* –dijo él con mucho protocolo–, *me podrían dar sus DNIs un momentito para hacer la entrada por favor.*

Los tres los sacaron al momento y los colocaron sobre el mostrador.

–*Gracias* –dijo el recepcionista y mientras rellenaba los formularios se presentó–, *mi nombre es Alberto. Para cualquier cosa que necesitéis no dudéis en pedírmela a mí o mi señora, Charo. ¿Van a cenar ustedes aquí?*

–*Yo no tengo hambre* –dijo Sandra.

–*Yo tampoco, pero es temprano. Algo sí que picaremos sobre las 21 o así.* –dijo Justo.

–*Perfecto* –dijo Alberto–, *avisaré a Charo para que os tenga algo preparado.*

El recepcionista devolvió los DNIs, cogió tres llaves de los casilleros de madera que había junto a él y cargando con las dos maletas más grandes, las de Sandra, empezó a subir las escaleritas pidiendo que le siguieran. Llegaron al primer descansillo y soltó las maletas.

–*Les enseñaré las habitaciones para que elijan ustedes cuáles quieren. Son dos*

en esta planta y una en la de arriba –dijo Alberto abriendo las únicas dos puertas que había en esa planta–, *esta es la llave de la de arriba, la 3. Ya las ven y se acomodan como gusten. ¿Desean alguna cosa más?*

–No, muchas gracias, esta todo bien –dijo Justo.

Y el recepcionista se perdió escaleras abajo.

Las habitaciones eran idénticas: amplias con un gran ventanal que daba a la parte de atrás del edificio y desde la que se veían todas las sierras que desde Grosellero se divisaban. Tenían unas gigantescas camas de matrimonio, con un grueso colchón que las hacía más altas de lo habitual y un cabecero de hierro fundido que hacía formas de corazones, hojas y rombos al que flanqueaban dos mesitas de noche de madera con sus correspondientes lamparitas. Los baños también eran amplios, poseían un pequeño ventanuco por el que entraba algo de luz y los mantenía ventilados. Para alivio de todos estaban equipados con placa de ducha.

–Bueno, yo me quedaré en la primera planta –dijo Justo, viendo que aquellas escaleras se le hacían mas pesada que las de su vivienda.

–De acuerdo, yo me quedaré en la del al lado por si necesita alguna cosa –le dijo Andrés.

–Pues nada Andrés, ayudame a subir las maletas a la de arriba –dijo Sandra resignada, a la que no habían dejado elegir.

–Descansad un poco –dijo Justo–, *a las 21:00 nos vemos en el comedor para picotear algo y planificar el día de mañana.*

–De acuerdo, yo bajaré unos minutos antes para verle eso –dijo ella.

–¡Ah!, vale, vale, –asintió Justo mirándose su malogrado brazo del que casi se había olvidado.

Y así, tras subir Andrés las maletas a Sandra se fue cada uno a su habitación.

Pasaban unos minutos sobre las nueve cuando los tres se encontraban sentados en una mesa del comedor. La sala era cuadrada, con dos mesas rectangulares bastante grandes en paralelo con ocho sillas cada una. Había un ventanal grande, que daba a la calle. Tenía las cortinas recogidas y podía verse el “osito” blanco de Sandra aparcado delante. Al otro lado había una puerta que daba a la cocina y un arco con una barra que comunicaba a la misma y donde la cocinera colocaba los platos que iban saliendo. A través de ese arco se veía casi la totalidad de la cocina, bastante moderna, con grandes cacerolas sobre los fuegos. En la sala, en una esquina, sobre un madero triangular que hacía de estante había una televisión y de todas las paredes colgaban diversos utensilios, algunos de labranza, otros para cocinar, para tejer... la mayoría les resultaban

desconocidos a Andrés y a Sandra y Justo tenía que explicar a uno y otro como se llamaba cada objeto en cuestión y para que servían. En eso estaban cuando apareció Charo, la cocinera. Era una chica gruesa que rondaría los 30 años. Tenía el cabello negro que se recogía en una cola. Tenía una forma peculiar de hablar, como si al pronunciar se comiese algunas letras.

–*¿Van ustee a cená o tapearan argo?*

–*Nos gustaría picotear algo, cosas de aquí,* –dijo Justo sin preguntar a sus compañeros.

–*Vale. Po le voy a traé una cozitas y ya ustee vay probandolas. Y de bebé que vai a tomá.*

–*¿Queréis vino de la tierra?* –preguntó Justo a sus comensales–, *tienen fama los caldos de esta zona.*

Sandra y Andrés asintieron.

–*Pues entonces nos pone un vinito de la tierra por favor.*

–*Vaaaale* –dijo Charo, y agachando la cabeza volvió a la cocina de la que había salido.

–*Bueno, he pensado que mañana podemos quedar sobre las 09:00, desayunar y acercarnos a ver si damos con alguno de mis hermanos. Antes de salir estuve mirando en la guía telefónica y dí con un señor que podría ser mi hermano Fali, pero llamé varias veces y no obtuve respuesta.*

La cocinera apareció con una jarra de vino y tres copas que sujetaba con los dedos por dentro. –*Eah, er vino.* Dijo, y dejándolo todo sobre la mesa se marchó. Andrés repartió las copas y Sandra limpió la suya minuciosamente con la servilleta antes de que Andrés le sirviera.

–*Por la tarde* –continuó don Justo–, *podemos dar un paseo. Os quiero enseñar un par de sitios que se que os gustarán.*

–*Me parece bien Justo, pero ¿cree usted que sabrá llegar después de tantos años?* –preguntó Andrés.

–*Por supuesto que sí* –dijo Justo malhumorado–, *aunque esté mayor tengo una memoria prodigiosa. Sólo soy viejo por el carné de identidad y por las arrugas. Por lo demás estoy hecho un chaval.*

En ese momento Charo sin decir nada dejó dos platos en el centro y una cestita con rebanadas de pan. Uno con diversas chacinas y otro con cuñas de queso de oveja que impregnaban con su olor toda la sala.

–*Y porque ya tiene más de 65 años...* –le dijo Andrés.

Justo sonrió, miró con nostalgia el bastón que colgaba del reposabrazos de su silla y asintió recordando a su queridísima Reme.

–*Sí señor, y porque ya tengo más de 65...*

Sandra, que no entendía nada de aquello y que empezaba a aburrirse preguntó a Justo:

–Me dijo usted que quería venir al pueblo para escribir sus memorias, pero no os veo que anotéis nada.

Andrés se sonrojó. No había pensado en eso. En realidad desde que se montó en el coche y descubrió quién era la “enfermera-conductora” no había vuelto a pensar en aquellas memorias. Afortunadamente Justo respondió a Sandra diciendo:

–Ni falta que hace. Lo único que quiero es revivir sensaciones y confirmar si las cosas son como las recuerdo. Ya tendremos tiempo en casa de plasmarlo en el papel.

–¡Ah! Vale. ¿Entonces para que ha venido Andrés? Yo pensaba que el venía porque usted no podía escribir.

Andrés se sonrojó de nuevo. Se sintió molesto, no sabía porque Sandra preguntaba aquello, aunque interiormente estaba de acuerdo con ella ¿qué pintaba él allí entonces?

–Vamos a ver Sandra, tu has venido para cuidarme y para llevar el coche. Andrés ha venido para ayudarme a investigar y plasmar con más fidelidad mis vivencias en el libro. Los dos sabíais a que veníais. ¿Qué problema tenéis?

–Ninguno Justo. Yo no he dicho nada –acertó a decir Andrés.

Y los dos miraron a Sandra que agachó la cabeza contrariada.

–Ahí tenei, cardereta de venao y carrillá de jabalí –dijo Charo soltando dos platos humeantes en el centro de la mesa–. *Ahora les traigo unos platos pa que se sirvan y los teneore.*

Y al instante los dejó sobre la mesa, uno encima de otro y sobre ellos los cubiertos.

Andrés y Justo dieron buena cuenta del manjar, sin embargo Sandra no quiso ni probarlos.

–No soy yo mucho de caza.

–Pero pruébalo mujer –dijo Justo.

–Pídetes otra cosa sino –le dijo Andrés.

–No con el queso y la chacina me he quedado bien.

Cuando estaban acabando se acercó Charo que los observaba desde la cocina,

–¿Quié la señora que le haga alguna otra cosa?

–No muchas gracias, esperaré al postre.

–Y los soñoe, ¿van a comer algo mas?

–No, gracias, –dijo Andrés.

Volvió a la cocina, con el plato y los cubiertos de Sandra que arrojó al fregadero

soltando un gran estruendo.

–*Eah Sandra, ya has mosqueado a la cocinera* –dijo Andrés burlescamente.

–*Pues allá ella* –dijo secamente.

–*No, si lo digo en broma, no creo que se haya enfadado por eso.*

–*Pero vamos, que si se ha enfadado lo mismo me da* –dijo Sandra agriamente.

–*Sabe como recordaba. El guiso no es el mismo, pero la carne es la que me daba mi madre de pequeño* –dijo Justo todavía con la boca llena sin echar cuenta en la conversación que sus compañeros mantenían.

Acababan de rebañar con pan la salsa cuando de nuevo salió Charo de la cocina:

–*¿Van a tomá café o postré?*

–*Sí. Un cortado para mí* –dijo Justo.

–*Un descafeinado solo* –pidió Andrés.

–*Yo querría algo de postre, ¿que tenéis?* –preguntó Sandra.

–*Tengo un arró con leche que quita er sentio.*

–*Probaré ese arroz* –respondió ella.

Enseguida Charo sirvió los cafés y el arroz. Mientras los hombres se lo bebían y mantenían una conversación sobre Nietzsche, Sandra disfrutaba cucharada a cucharada aquel arroz. Era tan cremoso que parecía natillas. Le sorprendió que en vez de llevar canela como lo había visto siempre estuviera cubierto por azúcar quemada como una crema catalana, azúcar que rompía con cuidado con la cucharilla, y que iba degustando con el arroz poco a poco.

–*Señoré, si quieren pasen ar salón, junto a la chimenea y les pongo un digestivo.*

–*¡Estupendo!* –dijo el anciano encaminándose al salón con el bastón en su mano izquierda.

Al llegar a la salida del comedor se detuvo para dejar pasar a Sandra, que caminaba entre los dos. Pasó a la recepción, que comunicaba las dos salas y las escaleras, y les dijo:

–*Yo me retiro ya. Ha sido un día muy largo y de tanto conducir me encuentro cansadísima. Nos vemos mañana a las 09:00*

Y sin esperar respuesta comenzó a subir las escaleras.

Andrés y Justo se sentaron junto al fuego. El octogenario en un sillón que había al lado mismo de la chimenea y Andrés en un sofá que había delante. En medio había una mesita, con patas de hierro y tablero de cristal. Aún se estaban acomodando cuando llegó de nuevo la cocinera:

–*¿Qué van a queré?*

–*Yo tomaré un pacharán* –dijo Justo

–Yo un coñac

–¿Y la señora no va a tomá na?

–No, la señora esta muy cansada y se ha ido a dormir –dijo Andrés con retintín. Charo sirvió las copas.

–Si desean repetí sivanse utede mimo, y si necesitan algo mas llamenco, mi mario y yo vivimo ahí, tras la cocina. Toquen la campanica –dijo señalando la recepción–, y les atendeemos.

Y se fue por donde había venido.

Los dos saboreaban la copa en silencio, viendo la llama que desprendía el robusto tronco de encina que ardía en la chimenea.

–¿Conoce usted a Sandra desde hace mucho tiempo? –preguntó repentinamente Andrés.

–Desde pequeña. Era amigo de su padre, Daniel, un buen tipo al que la vida trató muy mal.

–¿Y eso? –se interesó Andrés.

–Entró en la fábrica muy joven, no creo que tuviese más de 18 años. Yo por aquél entonces rondaría los 40. Era despierto y no le costó hacerse un hueco en el departamento de pintura. Al año empezó a salir con una chica y a los tres se casaron. No tardó mucho la joven en quedarse encinta. La pareja estaba ilusionadísima con la criatura que Dios les enviaba. Había comprado un piso en el Carmen y tenían todo listo para cuando naciera el bebé. Se querían con locura y hasta el día antes del parto se les veía pasear de la mano, mirándose y besándose como dos tortolitos. Pero la niña vino de lado, el parto se complicó, perdió mucha sangre y el pobre Daniel quedó viudo con una criatura recién nacida...

–Vaya –suspiró Andrés consternado.

–Pero la cosa no quedó ahí –siguió contando el anciano–, Daniel no rehízo su vida. Podría haberlo hecho, ya que voluntarias no faltaban, pero solo vivía para esa niña. Solía venir a todas las fiestas en casa, ya que era íntima amiga de mi sobrina Marina, y era impresionante ver con la ternura, con la pasión y, diría yo, hasta veneración que trataba ese padre a esa hija. Apenas tendría 36 años cuando la fábrica cerró. Daniel no tenía estudios, y nadie necesitaba un oficial de cabina de pintura. Vivió como pudo, del desempleo y de la indemnización, bueno, en realidad no vivía, en él no se gastaba ni un céntimo, todo lo destinaba a la felicidad de Sandra. Acabó el bachiller y comenzó sus estudios de enfermería sin sospechar la precaria situación económica de su padre. Un día llegó a su casa y se lo encontró en el suelo. Lo llevaron al hospital y allí le indicaron a Sandra que su padre tenía anemia y que estaba

muy débil. En el tiempo que estuvo ingresado Sandra descubrió las deudas que tenían. Dejó de estudiar y cuando dieron el alta a Daniel ya estaba trabajando en una residencia de ancianos. Y allí estuvo hasta que hace unos seis años Daniel enfermó. Ella se volcó en él. Dejó el trabajo y no se separó de su padre hasta que el señor se lo llevó...

Andrés bebió un sorbo de coñac mientras miraba fijamente el fuego. Justo se levantó, arrimó varias brasas al tronco con un atizador que había junto a la chimenea, y se volvió a sentar.

–Es una historia muy triste –dijo Andrés abatido.

–Sí, y lo peor es que no ha terminado. Desde que falleció su padre hasta ahora apenas ha salido de su casa.

–¿Y no tiene pareja? Todavía es joven y es muy hermosa, ofertas no le faltarán.

–Tiene usted razón, y muy buen ojo amigo mío –dijo con complicidad el anciano–, pero ella rehuye a los hombres. Tuvo un noviete, pero la cosa no fue bien. Su padre quiso buscarle pareja, lo que le costó más de una fuerte discusión. Finalmente desistió...

–Es una mujer de carácter –reflexionó Andrés.

–No lo sabe usted bien, amigo mío, no lo sabe usted bien...

Y de esto modo finalizó el primer día en el pueblo de Justo.

CAPITULO 10 EL REENCUENTRO

El reencuentro podría tener lugar hoy. Justo había dicho que había encontrado en la guía telefónica el nombre de alguien que podría ser su hermano. Si era así los hermanos volverían a verse casi 70 años después. Andrés acababa de salir de la ducha y se secaba mientras pensaba en ello. Desde mucho antes de que sonara el despertador había percibido el olor a café recién hecho que llegaba del comedor. Pese a que se levantó muy temprano para ver amanecer desde la privilegiada vista que le brindaba su habitación, no pudo contemplar el espectáculo. Una densa niebla cubría todo el paisaje e impedía ver las sierras del horizonte tras las que, majestuoso, debía salir el sol. Decepcionado se había duchado y se preparaba para bajar a desayunar. Escuchó que llamaban a la puerta de su compañero, Sandra habría ido a ver como estaba el brazo de Justo y a atarle los cordones de los zapatos, que era a lo único que el orgulloso anciano se dejaba ayudar. Escuchó que salían y Andrés, poniéndose el chaleco, abrió la puerta de su habitación.

–*Buenos días* –dijo.

–*Buenos días Andrés* –respondieron los dos.

–*¡Vaya como huele a café!*

–*¡Y tanto, hasta arriba del todo llega el olor!* –dijo Sandra.

Bajaron las escaleras y al entrar en comedor encontraron que las dos únicas mesas que había estaban ocupadas. Alberto, que acababa de dejar dos cafés en una de ellas se les acercó.

–*Por favor, siéntense aquí* –les dijo indicando algunas sillas libres que había en una de las mesas en la que desayunaban tres mujeres–, *son vecinas y hay confianza.*

–*Sí, siéntense, siéntense* –respondió una de ellas, la mas gruesa de todas–, *hay sitio de sobra para todos.*

Los tres, obedientes, se sentaron donde les indicaron.

Por el arco que daba a la cocina podía verse como Charo, entre cazos y cacerolas, preparaba los desayunos y los iba colocando en el mostradorcito que había bajo éste para que Alberto los fuera sirviendo.

–*¿Qué van a querer?* –preguntó.

–*Café con leche y entera* –dijo Justo.

–*Y yo.*

–*Y yo también,* –respondieron.

–*¿Con que van a querer las tostadas?*

–*Yo con aceite y jamón* –dijo el anciano.

–*¿Tienen manteca de lomo?* –preguntó Andrés.

–*No nos queda, pero tenemos una pringaita casera que está para chuparse los dedos* –respondió el camarero.

–*¡Pues con esa pringá entonces!* –respondió Andrés que ya se relamía.

–*Yo sólo con aceite* –terminó Sandra.

Alberto se giró, se dirigió al arco que daba a la cocina e indicó a su esposa lo que debía preparar.

–*Nosotras siempre venimos a desayunar aquí* –les empezó a contar la mujer que les había invitado a sentarse.

–*Dejamos los niños en el colegio, que está ahí al lado, y nos tomamos aquí el cafelito* –continuó otra.

–*Venimos desde que el Alberto y la Charo abrieron el hostel* –dijo la tercera.

–*¡Ah! Pues muy bien* –les respondió sonriendo Sandra.

–*Sí, desde que abrieron* –continuó la más gorda–. *Al principio lo pasaron muy mal. Pobrecitos.*

Y sin que nadie le preguntara siguió con su historia.

–*Los dos trabajaban en la ciudad, ¿saben?, y compraron la vieja casa de la Guardia Civil para arreglarla y alquilarla como casa rural. Él solía venir a menudo a ver las obras, pero ella no lo acompañaba nunca. Y un día aparecieron los dos...*

–*Sí, sí, aparecieron los dos* –continuó relatando otra de aquellas mujeres–, *y se metieron a vivir aquí. Fíjese, todo mangas por hombro ya que las obras no habían acabado. El solo terminó la reforma, y en vez de convertir la vieja casa-cuartel en una casa rural para alquilarla lo convirtió en un hostel.*

–*Por lo visto* –siguió la tercera–, *con la crisis se quedaron sin trabajo. Tuvieron que vender la casa en la que vivían para poder hacer frente al banco, ya que esto, en el estado que estaba, no lo quería nadie. Y aquí han acabado los dos, los principios fueron muy duros, pero entre que en el verano se les llena el hostel y en invierno muchas gentes del pueblo venimos al bar, van tirando.*

En ese momento hicieron un silencio. Alberto llegaba con los cafés y las tostadas. En un momento todos tenían sus desayunos delante. La más gorda continuó su relato al ver alejarse el hostelero.

–*Sí, van tirando pese a ella* –dijo señalando con la cabeza hacia la cocina–, *que es una amargada. Esto no le gusta y no lo disimula. Es todo lo contrario al marido, que es un encanto.*

–*Sí, además llevan buscando niño desde hace años, y no pueden* –prosiguió la segunda.

–¡Sí que pueden! –intervino la tercera–, la ayudante de doña Angustias, la medica del ambulatorio, me contó que la doctora le dio los resultados y que eran todos positivos. Que les dijo que siguieran buscando. Que ya llegaría. –Sí, pero no llega y la Charo sigue amargá –sentenció la gorda.

Así, los tres viajeros, sin haberlo querido, conocieron, mientras desayunaban, la historia de aquel matrimonio.

Cuando terminaron se despidieron de las tres señoras, que habían aprovechado el resto del desayuno para enterarse quienes eran los tres forasteros y que hacían allí, y subieron a sus habitaciones a limpiarse los dientes y a coger los abrigos para salir a la calle.

Ya fuera se montaron en el “osito” de Sandra. Sus compañeras de mesa les habían indicado durante el desayuno donde se encontraba la calle donde supuestamente vivía Rafael Torres. Los datos que le dieron sobre él esperanzaron a Justo, ya que todos coincidían. No obstante guardaba cierta cautela, el apellido Torres era habitual en aquella pedanía, y raro era la familia que no se hubiera dedicado al pastoreo en antaño.

La calle no estaba lejos, pero las señoras le recomendaron coger el coche ya que las cuestas que había que superar para llegar a ella eran algo más que empinadas. De hecho a Sandra tuvo que usar toda su habilidad para que su pequeño “osito” circulara sin que acabara rodando marcha atrás calle abajo. Al fin llegaron y aparcaron frente a la casa que les habían indicado. Los tres bajaron del coche. Justo se quedó parado delante sin saber muy bien que hacer. Era una casa de pueblo, con fachada de piedra y dos plantas. La puerta de entrada, que estaba abierta, dejaba ver un amplio zaguán con una cancela que cerraba el paso a la vivienda y una campanilla colgada en la pared con una cadenita para poder llamar. Andrés, decidido, pasó al zaguán y la agitó. La campana sonó más fuerte de los que todos esperaban. Andrés salió de nuevo a la calle para dejar el zaguán libre, y quien les atendiese lo pudiera hacer en la puerta de la calle. A través de los cristales de la cancela se adivinaba la silueta de una persona que se acercaba. Se abrió y la silueta resultó ser un señor que rondaría los ochenta años y que, sorprendido, preguntaba desde el umbral de su casa que es lo que deseaban a aquellos extraños. De repente fijó la mirada en Justo. Los dos quedaron en silencio, mirándose muy fijamente. Andrés y Sandra, cada uno a un lado del anciano, contenían la respiración. Sabían nada más verlo que ese señor era el hermano que venían buscando. Eran como dos gotas de agua, a primera vista podían pasar por gemelos. Los dos ancianos continuaban mirándose en silencio. Era como si sus ojillos azules fuesen capaz

de comunicarse. Como si a través de aquella mirada se estuvieran diciendo todo lo que en aquellos largos años no se habían contado.

Con la voz temblorosa Justo preguntó:

–¿Fali?

–*¡Justo!* –respondió avanzando hacia él y fudiéndose en un fuerte abrazo. Los dos sollozaban.

–*Después de tantos años, que alegría. Pero, dejame que te vea.*

Se les escuchaba decir y otra vez se volvían a abrazar.

Andrés los observaba con un nudo en la garganta y a Sandra le resbalaban las lágrimas por las mejillas. Se acercó a ella y le echó el brazo por los hombros y ella al sentirlo se acurrucó a él mientras con la palma de la mano se secaba la cara.

–*¡Dios mío Justo, que alegría! Nunca creía que volviéramos a vernos* –dijo emocionado Rafael.

–*Ni yo a ti, Fali, ni yo a ti* –dijo Justo en un sollozo.

–*Pero, pasad, pasad, no os quedéis ahí.*

Y dirigiéndose a Justo le dijo:

–*¿Estarás deseando ver a mamá?*

Los tres que comenzaban a entrar quedaron paralizados. Era imposible que la madre de Justo viviese todavía. Rafael al ver la cara de sorpresa de los tres continuó hablando:

–*En febrero cumplió los 103 años. La pobrecita no oye mucho, la tenemos siempre sentada en un silloncito y se distrae mirando la tele. Hace años que perdió la cabeza, pero seguro que se alegra de verte. Mira ahí está* –dijo a la vez que pasaban a una salita que había nada más pasar la verja a la derecha. Doña Justa, a quien Justo debía su nombre, era mucho más pequeña de lo que su hijo la recordaba, parecía como si con los años hubiese encogido. Se encontraba en un sillón, como anunció Fali frente a la tele. Justo se acercó lentamente, se agachó a su lado y con su mano izquierda tomó la de su madre que descansaba en el reposabrazos del sillón. Tenía los ojos del mismo azul que sus hijos. Justo la miraba fijamente y lloraba como un niño. Se le venían a la cabeza mil y un recuerdos, muchos de ellos ya olvidados, ocultos en su cabeza desde la más tierna infancia. Fali se acercó y le puso una mano en el hombro a su madre:

–*Mamá, mamá* –dijo levantando el tono de su voz para que la anciana le escuchara–, *mira quien ha venido a vernos, mamá ¿lo ves? Es Justo, tu hijo Justo.*

La madre empezó a girar la cabeza muy lentamente, se le quedó mirando muy

fija. Luego levantó la mirada hacía Fali, como para comprobar que no era él el que estaba a su lado cogiéndole la mano. Volvió a mirar a Justo y con su otra mano empezó a acariciarle la cara.

–Justi, mi Justi. Ay, mi niño, que lo mandan a la ciudad, ay mi niño, que lejos se me va, pobrecito mío, que va a hacer allí tan solo –dijo llorando.

Justo también lloraba. Todos lloraban en aquella habitación. Sandra apoyó la cabeza en el pecho de Andrés buscando consuelo mientras este, también emocionado, la abrazaba por el hombro.

Pasaron unos instantes cuando la anciana dejó de acariciar la cara a su hijo y volvió a mirar fijamente la tele como si nada hubiera pasado. Todos se secaron las lágrimas e intentaron disimular la emoción.

–Por favor, pasar, sentaos aquí –dijo Rafael señalando un salón contiguo a la sala en la que se encontraba la madre.

–Bueno Justo, que te trae por aquí después de tantos años –dijo Fali recuperado de la emoción inicial y con un cierto tono de reproche.

–Verás –comenzó a decir incomodo Justo–, hace unos días sufrí un accidente –dijo levantando levemente su brazo en cabestrillo–, y entendí que mi final puede estar cerca. Quiero repasar mi vida y atar cabos sueltos.

–Un poco tarde para atar esos cabos, ¿no crees?

Andrés y Sandra contemplaban la conversación en silencio. Se sentían fuera de lugar en aquella conversación familiar.

–Mi teléfono figura en la guía desde hace años. Fui el primero en el pueblo en ponerlo porque mamá decía que algún día llamarías. Ninguno sabíamos escribir y no esperábamos una carta tuya, pero una llamada, una llamada... Tanto te costaba hacer una llamada Justo.

Justo tragó saliva. No esperaba una reprimenda así de su hermano pequeño. Pero sabía que se la merecía. Su madre y sus hermanos no se merecían la indiferencia con la que Justo les había tratado durante todo este tiempo.

Con un hilillo de voz dijo:

–Yo le odiaba.

–¿A quién? –preguntó Fali.

–A papá. Lo odiaba a más no poder. Me separó de mi madre, de mis hermanos, de mi casa, de los campos... cuando me monté en el autobús os vi a todos depidiendoos de mí. Mamá tenía los ojos muy rojos, y se le veía que retenía el llanto a duras penas. Angel, Antonio y tú me decíais adiós con la manita mientras mamá os limpiaba como podía las lagrimas y los mocos con la tela de su manga. Papá no lloraba, se le veía feliz, satisfecho de mandarme a un exilio que yo no merecía. Os vi desaparecer por el cristal de atrás del autobús.

Continué diciendo adiós con la mano mucho después de que ya no os viera. Vi desaparecer el pueblo, y las sierras. Y en ese autobús juré que no volvería nunca. Qué jamás volvería a ver a ese hombre que me enviaba a un lugar lejano separándome de todo lo que yo quería.

—Por dios Justo, sabes que lo hizo para que prosperases. Papá estaba orgulloso de ti. Te mandó a la ciudad porque sabía que allí podrías labrarte un futuro.

Nosotros no tuvimos esa suerte y hemos vivido siempre atados a la tierra.

—Lo sé, Fali, lo sé. Pero en aquel entonces no lo entendí. Y he necesitado hacerme viejo para entenderlo.

—Papá murió a los dos años de irte tu. Así que Angel, que ya tenía los 15 y Antonio con 13 se hicieron cargo de todo. Yo tenía 10 años y hasta ese momento había hecho lo mismo que vosotros, pero Angel convenció a mamá para que fuese al colegio. Me costó mucho arrancar porque los demás niños me llevaban años de ventaja. Pero pronto aprendí a leer, a escribir y algo de números. Cuando acabé la escuela le dije a Angel y a Antonio que le podíamos sacar más provecho a la explotación haciendo pequeños cambios y ampliando los rebaños. Los fuimos aplicando y fueron dando resultado. Con muy poco la hicimos muy rentable y hemos podido vivir bastante bien gracias a ella.

—¿Angel y Antonio? —pregunto Justo

—Fallecieron ya. Antonio hace ya muchos años, rondaría los 40 años de edad y Angel hace sólo unos cinco.

En ese momento hizo su aparición una señora llena de bolsas.

—Es Encarna, mi esposa, que viene de la plaza —explicó—. Encarna, este es mi hermano Justo y estos son...

—Andrés y Sandra —los presentó Justo, que ahora caía en la cuenta que aún no lo había hecho.

—¡Qué sorpresa! —dijo Encarna, una señora bajita con el pelo rizado que rebosaba energía.

—Deja esas bolsas niña —le dijo Rafael—, y vente para acá que nos cuente mi hermano como le ha ido la vida en la ciudad.

—Voy, voy —dijo ella mientras casi corría para dejar las bolsas en la cocina.

—Nosotros vamos a dar un paseo —dijo Andrés aprovechando que se habían levantado para saludar a Encarna y veía que Sandra se sentía igual de incomoda que él en aquella reunión familiar.

—Sí, necesito que me de un poco el aire —dijo ella.

—Vale, vale. Pero recogerme sobre las 13:00. No os olvidéis de mí —dijo Justo.

—¿No os quedareis a comer? —preguntó Encarna que ya volvía casi corriendo otra vez de dejar las bolsas.

–No, estamos alojados en la antigua casa-cuartel. Está siendo un día de muchas emociones, me gustaría comer algo ligerito y tumbarme un rato
–respondió.

–Vale, son las 11:00. dentro de un par de horas volvemos –dijo Andrés.
Pero ya nadie le escuchaba, Justo y Rafael, emocionados, contaban a Encarna como había sido el reencuentro.

CAPITULO 11 EL PASEO

El paseo era la excusa perfecta para pasar un par de horas solo con Sandra. Hasta ese momento siempre habían tenido la compañía de Justo, era la primera oportunidad en aquel viaje de sincerarse con ella. Era el momento de contarle lo que había sentido en aquellos lejanos tiempos del autobús, de decirle que deseaba que acabaran los días para verla, que soñaba con ella y que a pesar de los años no la había olvidado. Contárselo... si era capaz.

–¿Por qué no subimos a la ermita? He visto el camino indicado cuando veníamos en el coche, no creo que tardemos más de una hora en subir. Nos dará tiempo a estar aquí a la una –sugirió él.

–Me parece bien –aceptó ella.

Y los dos comenzaron el paseo. La ermita estaba ubicada en la misma falda de la montaña que Grosellero, pero bastante más alta, más cerca de la cima que del propio pueblo. El paseo prometía ser duro.

–Bueno, hablame de ti, a que te dedicas –preguntó él fingiendo no saber nada de ella.

–Soy asistente sanitaria. Durante muchos años he trabajado en una residencia de ancianos que había en la Mandolina.

Andrés conocía aquel barrio. Era en el que ella cogía cada noche el 67.

- Hace 10 años mi padre enfermó. Tenía que ir a terapia un par de veces a la semana, así que solicité hacer sólo el turno de tarde, y no rotar como hacía normalmente. Eso no fue problema. Pero 4 años después mi padre empeoró. Solicité una reducción de jornada, pero no me la quisieron dar. Tuve una fuerte discusión con la dirección, ¡llevaba años trabajando en aquella residencia y nunca había pedido nada! Aquello no sentó bien y me despidieron.

Afortunadamente me indemnizaron y cobré el desempleo porque sino no hubiera podido mantener a mi padre. Hace un año que murió, dijo con lagrimas en los ojos, era el hombre mas maravilloso del mundo. Todavía no se que voy a hacer sin él.

Entre la emoción y la empinada cuesta que subían Sandra sintió que se quedaban sin aire.

–Vamos a descansar un poco –dijo ahogada, y se sentó en un quitamiedo blanco que separaba el camino de grava del barranco que daba al pueblo.

El se sentó a su lado mientras vislumbraba la pequeña ermita en la lejanía. Les quedaba un buen trecho para llegar aún.

–Lo siento mucho, se ve que le querías mucho.

–*Más que a nada en el mundo. Enviudó al nacer yo ¿sabes?. Hizo de padre y de madre en una época en que los hombres no estaban acostumbrados a lidiar con tareas domésticas. Yo era su “princesita” y me adoraba. Tuve todo lo que una niña podía desear, y sobre todo, lo tuve a él..*

Andrés la escuchaba en silencio. Pensaba en su hija Blanca y en la percepción tan distinta que ella tendría de él.

–*Bueno, tal vez haya llegado el momento de pasar página y de rehacer tu vida con otra persona.*

Ella se levantó súbitamente. Le miró muy fijo, y con fuego en los ojos arrastrando las palabras le dijo.

–*Ningún hombre jamás ocupará su lugar.*

Andrés se quedó sorprendido, no esperaba aquella reacción. Pensó en contestarle, en decirle que no se refería a que buscara alguien que sustituyese a su padre, sino a alguien con quien compartir el resto de la vida. Pero no fue capaz. Ella seguía frente a él de pie, mirando la cuesta que aún les quedaba por subir.

–*Deberíamos continuar. Sino no llegaremos.*

Y emprendieron la marcha.

Tras una dura caminata en la que apenas hablaron, más por la asfixia que provocaba tan severa rampa que por otra cosa, llegaron a su destino. El lugar era precioso. Se alcanzaba a ver los límites de la sierra. El sol estaba en todo lo alto, el cielo era azul y la brisa fresca resultaba agradable. Intentaron entrar en la ermita pero estaba cerrada con un antiquísimo candado cubierto de óxido. Bebieron en el chorro de una pequeña fuente que brotaba de entre las rocas que habían tras la edificación. Cuando ella se giró él puso el dedo en el surtidor, haciendo que saliera un hilo de agua a presión, y dirigiéndolo hacia ella le salpicó.

–*¡Para tonto!* –dijo riendo.

Corrió hacia él con las manos por delante para evitar que el agua le siguiera mojando y cuando llegó a su altura metiendo la mano en la pileta que recogía el agua de la fuente salpicó energicamente a su compañero de paseo. El tuvo que dar un paso atrás mientras reía y se frotaba los ojos en los que le había entrado agua. Cuando se recuperó vio como ella, haciendo un cazo con las manos, se echaba agua en la cara y en el pelo para refrescarse.

–*Has tenido una buena idea* –dijo sonriendo–, venía acaloradísima.

Él la miraba mientras ella se juntaba el cabello mojado en una cola. Con los brazos tras el cuello y la ropa salpicada Andrés contempló las hermosas formas de sus senos. Ella pareció darse cuenta y él avergonzado agachó la cabeza.

Sandra se sorprendió: le había gustado descubrir aquella furtiva mirada. Se sintió atractiva, una sensación que hacía mucho tiempo que no notaba, tal vez años, tal vez desde aquellos tiempos en que cogía el 67.

–*¡Vaya, son ya la una!* –dijo él, que tras el sofoco miraba el reloj.

–*Justo estará preocupado* –dijo ella.

–*No creas, con la charla no se dará cuenta de nuestro retraso. Además cuesta abajo seguro seguro que no tardamos mucho en llegar.*

Y Andrés tenía razón, apenas tardaron media hora en bajar la cuesta que les había costado cerca de dos subir. Y Justo que charlaba animadamente con su hermano no se percató del retraso. Se despidieron y quedaron en verse de nuevo dos días después. Se montaron en el “osito” de Sandra y se dirigieron al hostel. En el trayecto Andrés, que pensaba en el paseo, tuvo una sensación agrídulce: agria porque no había sido capaz de confesarle los sentimientos que guardaba de su época del 67 y porque ella cerraba la puerta a rehacer su vida con otra persona. Dulce porque había revivido sensaciones en la ermita que creía olvidadas y porque creyó ver en la mirada de Sandra que había motivos para la esperanza.

Llegaron al hostel y lo primero que hizo Sandra, preocupada por el estado de salud del anciano, fue tomarle la tensión. Su instinto no fallaba y Justo tenía la tensión alarmantemente alta.

–*Justo, me temo que hoy deberá comer con agua* –le dijo mientras le daba una pastilla–, *deberá tomársela cuando acabemos. Con el estomago lleno le sentará mejor.*

Aquel día todos comieron moderadamente. Andrés se solidarizó con Justo y también bebió agua. Al finalizar Justo se despidió sin tomar postre:

–*Disculparme, me voy a echar un rato, han sido muchas emociones y me encuentro cansado.*

–*Muy bien, descanse, nos veremos más tarde* –respondió Andrés–, *¿quiere que le acompañe a su habitación?*

–*No, no hace falta. Me encuentro bien. Sólo un poco cansado.*

–*Sí, descansa. Te vendrá bien* –dijo ella.

Los dos vieron como Justo se retiraba mientras esperaban unas ricas porciones de tarta de queso que Charo había hecho ese día. Cuando acabaron Andrés preguntó a Sandra:

–*¿Me acompañas a hacer unas compras?*

–*No sé, estoy muy cansada del paseo de esta mañana. Me gustaría darme un duchazo y descansar. ¿Qué vas a comprar?* –preguntó ella con curiosidad.

– *Unas zapatillas, varios pares de calcetines, ropa interior, un pijama de invierno...*

– *Jajajaja –rió ella–, pero Andrés, cariño, ¿qué traías entonces en la maleta? –preguntó burlonamente.*

– *No estoy acostumbrado a viajar –dijo él incomodo–, hace años que no lo hago, y cuando lo hacía era Marta quién se preocupaba de hacer las maletas.*

– *¿Quién es Marta?*

Andrés se sonrojó. No esperaba aquella pregunta sobre su vida privada y dudo la respuesta.

– *Perdona, no quiero parecer entrometida, olvidalo –continuó ella azorada.*

– *No, que va Sandra, en absoluto. En realidad me vendrá bien hablar de ello. Desde que firmé el divorcio no he vuelto a tocar el tema y creo que va siendo hora de ir superándolo. Pero mejor hagamoslo junto a la chimenea, estaremos más cómodos –dijo mientras veía como Charo recogía el comedor.*

Él se sentó en un sillón y ella se acomodó en el sofá que rodeaban la mesita que había frente a la chimenea.

– *Marta es mi exmujer. Estuvimos 15 años casados aunque empezamos de novios 10 años antes.*

– *¡Vaya! –dijo ella–, y después de tantos años que es lo que falló.*

– *Yo –respondió Andrés con rotundidad–. Siempre me he volcado mucho en mi trabajo. Tal vez demasiado. Durante el noviazgo no supuso ningún inconveniente, o al menos ningún inconveniente grave. Tampoco lo fue durante el primer año de matrimonio, pero al nacer Blanca...*

– *¿Tienes una hija? –dijo ella visiblemente sorprendida.*

– *Sí –continuó él–. Cuando nació Blanca ella quería que pasara más tiempo al lado de las dos. Pero yo no se lo dí. Me iba temprano a preparar los contenidos del programa y ya no volvía hasta que acababa, más allá de las doce. Ella me advirtió que no podía seguir así. Que la familia necesitaba un marido y un padre y no una voz que salía del transistor todas las noches. No estaba dispuesta a aguantar más aquello. Pasaron los años. Una mañana, antes de irme a trabajar volvimos a tener aquella discusión, nos echamos cosas en cara, y al acabar me dijo que lo mejor era divorciarnos, había hablado con Blanca, que ya tenía 14 años, y lo entendía. A la semana firmamos los papeles. Y hasta el día de hoy.*

– *¿Y no sabes nada de ellas? –interrogó Sandra.*

– *Bueno, con Blanca sí mantengo el contacto. Al principio la recogía todos los fines de semana y comíamos juntos, hacíamos excursiones o íbamos al cine. Pero antes de cumplir los 20 años empezó a trabajar en un centro comercial y*

cada vez se hizo mas difícil vernos ya que raro era el fin de semana que no abriera aquel establecimiento. Desde entonces apenas nos vemos una vez al mes o cada dos meses... pero seguimos en contacto por teléfono. Y con Marta no volví a hablar. Aunque el divorcio fue amistoso ninguno de los dos volvimos a llamarnos. Lo poco que se de ella es lo que me cuenta Blanca o Juanito, un amigo común.

–Y ahora que has perdido el empleo y tienes más tiempo ¿no has pensado en volver con ella?

–Ya es tarde Sandra. Ha rehecho su vida. A los pocos años de divorciarnos conoció a un médico en la clínica en la que trabaja y unos meses después se casaron. Me envió la invitación con Blanca, una puñalada en el corazón me hubiese dolido menos que aquella carta. Pero no podía reprocharle nada. Ese matasanos le iba a dar lo que yo en 35 años nunca fui capaz de darle: compañía.

–¿Y no has vuelto a estar con nadie? –siguió curioseando ella.

–Que va, con nadie. Y tu Sandra, ¿has estado casada?

Sandra se revolvió incomoda en el sofá, le miró muy fijo como si le fuera a contar algo y de repente levantándose le dijo:

–Venga, vamos a hacer esas compras antes de que se haga mas tarde.

Salieron del hostel y se encaminaron hacia el centro. El pueblo de Justo mantenía toda la esencia de un pueblo de sierra: calles adoquinadas, casas de dos plantas con fachadas de piedra y tejados de pizarra. Cerca del ayuntamiento se encontraban los comercios más importantes, y entre la farmacia y el estanco había una gran tienda de tejidos a la que Sandra y Andrés entraron. Era impresionante, por todos lados había estructuras y estantes llenos de ropas y en la pared del fondo sujetos por enormes escuadras colgaban gigantescos rulos de telas de diferentes tipos. Delante había un gran mostrador que atendía un señor que rondaría los sesenta años. Ya le escaseaba el pelo, que era tan blanco como la lana y el algodón que vendía. Llevaba una cinta métrica al cuello y una agradable sonrisa.

–¿En qué les puedo ayudar? –preguntó.

–Hola, buenas tardes, buscaba unas zapatillas, cinco pares de calcetines, ropa interior y un pijama de invierno –dijo de carrerilla. Sandra se sonrió al ver que Andrés llevaba la lección aprendida como un crío.

–Pues salvo por las zapatillas está usted en el lugar adecuado –dijo el dependiente.

Tras comprobar el número de pie, las tallas y cercionarse del tipo en concreto de prenda que buscaba su cliente el eficiente comerciante se perdió entre

pasillos de ropa para aparecer al momento con todo lo solicitado.

–*Le traigo estos tres pijamas, pruébeselos a ver cual le resulta más cómodo* –le dijo señalando un pequeño probador que había en una esquina.

Andrés obediente cogió los tres y se dirigió al probador. Echó la cortinilla y se los probó. Mientras lo hacía pensaba en Sandra y en la extraña reacción que había tenido minutos antes. ¿Habría algo que Justo no le hubiese contado?

Eligió uno, y volvió a salir.

–*Me quedaré con éste* –dijo mientras lo colocaba aparte en el mostrador–, *¿donde podría comprame unas zapatillas?*

–*A la derecha del ayuntamiento sube una calle hacia la iglesia de Santa María. Allí encontrareis una zapatería, decirle que vais de mi parte* –dijo el dependiente mientras embolsaba el pijama de Andrés.

Fueron a la zapatería y mientras Andrés elegía sus zapatillas Sandra aprovechaba para probarse unas botas:

–*¡Mira Andrés que bonitas! ¿te gustan?* –dijo enseñándole unas que se acababa de poner.

–*Son de ante y por dentro están forradas de lana. Están hechas a mano* –explicó el zapatero.

–*¿Seguro?* –preguntó Sandra mientras no dejaba de mirar como le quedaban en un espejo que había colocado a la altura de los pies en una esquina.

–*Segurísimo señora, estas manos* –dijo mostrándoselas– *han cosido, forrado y rematado hasta el último detalle de esas botas.*

–*Pues me las llevo* –respondió decidida.

–*Póngalo con lo mío* –le dijo Andrés al zapatero.

–*De ningún modo Andrés* –dijo ella.

–*Insisto, es la manera de agradecerte que me hayas acompañado esta tarde ha hacer mis compras.*

Ella a regañadientes accedió.

Al salir notaron que había refrescado bastante. El sol hacía ya rato que se había escondido tras el majestuoso pico que se alzaba tras el pueblo. Estaban atravesando la plaza del ayuntamiento cuando percibieron un cálido aroma. Allí mismo, bajo unos arcos, había una discreta cafetería que hacía del olorcillo de cafés y pasteles su mejor reclamo.

–*Te invitó a un café* –dijo ella tirando del brazo de Andrés hacía el establecimiento.

Fue agradable notar el calor de aquel lugar. Era un local rectangular, a la izquierda, en una larga vitrina, había pasteles de todo tipo, tamaños y colores. A la derecha se encontraban media docena de pequeñas mesitas, con tres sillas

cada una, de las cuales sólo una había ocupada por una joven pareja. A continuación de la vitrina continuaba una barra de granito rojo, donde una muchacha, coquetamente uniformada, servía las viandas que le demandasen.

–*Buenas tardes, ¿qué van a tomar?* –pregunto agradable la dependienta.

–*Yo quiero una porción de ese bizcocho* –dijo Sandra señalando hacia la vitrina– *y un chocolate.*

–*Yo uno de esos* –continuó Andrés indicando con los ojos un pastel de hojaldre cubierto de miel– *con un cortado.*

Se sentaron en una mesita y comenzaron a devorar aquella improvisada merienda.

Andrés quería saber más de aquella mujer. Se sentía fascinado por su sonrisa, por sus movimientos, por cada pequeño gesto, por su voz, por su simpatía, por su belleza... la miraba fijamente mientras ella contaba algo sobre lo que le gustaba el chocolate y los recuerdos que le traía de su infancia. Pero él no le escuchaba, veía como las comisuras de sus labios se manchaban de chocolate y como con gracia se relamía. Veía como al hablar se retiraba con la mano un insistente flequillo que caía sobre su ojo izquierdo. Veía la graciosa mueca que hacía en su boca un colmillo un poco desplazado de su lugar...

Sí. Todo ella le gustaba.

–*¿Qué piensas hacer cuando volvamos a casa?* –preguntó él de repente, interrumpiendo a Sandra. Ella lo miró sorprendida.

–*Pues no sé. Continuar con mi vida. ¡Qué pregunta!*

–*Me refiero a si piensas buscar pareja o estas decidida a seguir sola el resto de tu vida.*

Andrés se sorprendió de sus propias palabras. No hablaba él, lo hacía su corazón. Era consciente de que era el mejor momento, de allí no podía salir corriendo, o al menos esperaba que no lo hiciese. Sí, era el mejor momento para afrontar el tema.

Ella palideció, no se esperaba aquella encerrona. Se dio cuenta de que no podía dar largas. La respuesta que diese supondría dar esperanzas a aquel hombre o quitárselas para siempre. Sorbió un poco de chocolate y muy despacio dejó la taza sobre el platillo donde también descansaba la cucharilla.

–*Mira Andrés* –comenzó a decir intentando controlar el tono– *soy una mujer independiente. Nunca he necesitado, a parte de a mi padre, a nadie; ni lo voy a necesitar ahora.*

–*Sandra, me gustas desde que te vi la primera vez en el autobús. Era el hombre más feliz del mundo con sólo mirarte los 15 minutos que duraba el trayecto. Cuando te empezaste a sentar a mi lado me sentí dichoso. Y tu también tenias*

que sentir algo Sandra. Algo como lo que yo sentía, algo en el corazón. Sino no te hubieses sentado a mi lado, sino jamas nos hubiésemos cogido las manos...

–Se trataba de un juego inocente, sólo eso –dijo Sandra–, jamás debí hacerlo pero lo hice. No te conocía y me halagaba ver como cada noche me mirabas con deseo. La curiosidad y sólo eso hizo que me sentase a tu lado. Pero solo fue eso: un juego.

–Por Dios Sandra, como puedes decir eso. Tu cuerpo y tus ojos te delataban, sentías lo mismo que yo.

–¡Yo no sentía nada!. ¡Ni lo siento ni lo voy a sentir nunca por nadie!, ¿me escuchas? –dijo ella irritada levantando algo más de lo normal la voz.

–Vale, vale –respondió él visiblemente desilusionado–, tranquilízate. No quería incomodarte.

–Pues lo has hecho. Vámonos.

Y levantándose inició su marcha hacia la puerta. En la vuelta al hostel ninguno dijo nada. Ella caminaba delante, a un ritmo rápido y Andrés, a un paso por detrás hacía esfuerzos por ir a su lado sin conseguirlo. Cuando llegaron ella subió a su habitación casi a la carrera. Andrés vio a Justo en el salón que leía el periódico junto a la chimenea.

–Buenas tardes Justo.

–Buenas amigo mío. ¿Dónde os habíais metido?

–Fuimos al centro a hacer unas compras –dijo Andrés levantando un poco las bolsas con desgana.

–¡Ah! Muy bien. Yo me levanté hace un momento de la siesta. He dormido como un niño, y aquí estoy, hojeando el periódico. ¿Y Sandra?

–Emm, ha subido directamente a su habitación, venía cansada de todo el día y quería ducharse y descansar un poco –acertó a decir–. Yo voy a hacer lo mismo. Vengo reventado.

–De acuerdo Andrés. Pues nos vemos entonces a las nueve para la cena –dijo Justo mientras retomaba la lectura de su periódico.

La cena fue tensa. Andrés y Sandra apenas se hablaron, y cuando lo hicieron fue para pedir el pan, el agua o alguna que otra cosa. Mientras tanto don Justo, ajeno a aquel ambiente, relataba ilusionado las experiencias vividas aquella mañana. Si el reencuentro con su hermano le había supuesto una enorme impresión el ver a su madre había sido un autentico shock. Cuando acabaron la cena Justo quiso tomar con la pareja un digestivo a lo que los dos se negaron, así que aquel día los tres se fueron temprano a la cama.

Aunque estaba reventado Andrés no conciliaba el sueño. No paraba de dar vueltas en aquella inmensa cama sin acabar de encontrar la postura adecuada para entregarse a sus sueños. Sintió calor y se destapó. A su cabeza le venía una y otra vez la imagen de Sandra levantándose airada y marchándose de la cafetería. No sabía por qué le había sentado tan mal aquella conversación; por qué huía de sus sentimientos y de la felicidad.

Andrés volvió a girarse, ahora sentía frío, se tapó de nuevo e intentó cambiar el rumbo de sus pensamientos, entonces recordó el paseo que dieron por la mañana. Recordó como Sandra se refrescaba en la fuente, como las gotas de agua adornaban su cara como si de perlas se tratase... y con esa imagen del paseo se durmió.

CAPITULO 12 EL PICO RANDO

–*¡El pico Rando!* –dijo Justo señalando con el dedo–, *¿lo ves?*.

Majestuoso en el horizonte se veía un pico sobresalir sobre los demás. Andrés lo miraba con poco interés. Desde que después de desayunar Sandra les anunciase que no los acompañaría aquel día su ánimo estaba destrozado. La excusa de las agujetas no le engañaba: sabía que no les había acompañado por la conversación del día anterior.

Eran ya más del mediodía. Justo había llevado a Andrés por caminos de cabra hasta lo alto de aquella peña que daba cobijo a Grosellero. Las vistas eran espectaculares, el cielo era azul y el aire limpio. Andrés, cansado, se descolgó la mochila, la abrió y echó un trago de una botella de agua.

–*¿Quiere un poco?* –pregunto al anciano.

–*Sí, echaré un trago.*

–*Jamás pensé que a su edad fuese capaz de subir cuestras como las que hemos subido. Está usted en forma.*

Justo sonrió complacido por el elogio.

Sobre la cumbre había un gran arco de piedra lo suficientemente ancho para que se formase un amplio túnel bajo él.

–*Ven, aquí nos resguardaremos del sol mientras picamos algo. Cuando llovía nos juntábamos bajo esta roca todos los pastorcillos que anduviésemos cerca* –explicó Justo.

Se sentaron en el suelo, Andrés sacó de la mochila un par de bocadillos y los partió con una navaja por la mitad. Los puso en el suelo sobre el papel de plata. A continuación sacó una fiambra y la abrió. El olor de aquella tortilla de patatas con chorizo que Charo les había preparado antes de salir impregnó el aire. Dos vasos de plástico donde verter el agua era lo único que acompañaba a aquel manjar, que empezaron a degustar con apetito. Andrés, con una porción de tortilla en la mano, observaba el paisaje que desde aquel arco se dejaba ver. Miraba muy fijo aquella cima en la que minutos antes había hecho hincapié su compañero. Verdaderamente la silueta del Pico Rando era grandiosa.

–*¿Que os pasa a Sandra y a ti?* –dijo Justo a bocajarro.

Andrés se atragantó con el trozo de tortilla que engullía en aquel momento.

Tuvo que beber agua, y tras recomponerse del ataque de tos que aquel incidente le había producido, preguntó cínicamente:

–*¿A que se refiere?*

–*Sabes perfectamente a que me refiero, pero entiendo si no me lo quieres*

contar.

–No, Justo, no es que no quiera contárselo. Es me ha pillado por sorpresa y me había dejado fuera de juego.

Andrés acabó la porción tortilla y cogió uno de los medios bocadillos de los que quedaban sobre el papel de plata.

–Pues recompongase y cuénteme que les pasa –insistió Justo.

–Verá, yo a Sandra la conocía de antes de este viaje, ¿sabe?

–Sí, algo me imaginé cuando os presenté en el coche. Note tu cara de sorpresa y su turbación, pero no quise preguntar nada –confesó el octogenario.

–Pues bien, hace unos seis años solía coincidir con ella en el autobús de vuelta del trabajo. Nos sentábamos juntos y nos cogíamos la mano...

–¿Y de que hablabais?

–Nunca hablamos Justo. Sentados uno al lado del otro nos acariciábamos las manos sin atrevernos si quiera a cruzar una mirada. Así estuvimos meses, hasta que un día ella no apareció más. Hasta este viaje.

Los dos guardaron silencio unos instantes.

–Bueno, ¿y que pensáis hacer ahora que os habéis reencontrado? –preguntó el anciano.

–No lo sé Justo. Cuando la vi en el coche sentí una inmensa felicidad. Pensé que la vida me daba una segunda oportunidad. Pero todos los intentos que he hecho en este viaje por acercarme a ella han sido infructuoso. Cada vez que he intentado ahondar en sus sentimientos me he llevado un varapalo. Es como si tuviera una coraza que impidiera llegar hasta su corazón.

–Lo sé –dijo Justo,– en varias ocasiones hable de este tema con Daniel. Su padre intentó muchas veces buscarle pareja. Temía dejarla sola cuando él faltase. Pero desde que terminó su relación con el único novio que ha tenido cerró su corazón.

–¿Qué le pasó con aquel chico? –preguntó Andrés interesado.

–No lo sé. Lo que fuese jamás lo ha contado. Su padre me dijo que estuvieron cerca de una año saliendo. Que el chaval estaba haciendo la mili y que pensaban en casarse cuando se licenciara. Estaban ahorrando para un piso y Sandra era muy feliz –relataba Justo–. Un día apareció con los ojos colorados. Le dijo al padre que aquel chico y ella habían terminado para siempre, pero no le dijo el motivo. El padre no se preocupó, el mal de amores a esas edades es

normal y sabía que el tiempo curaría su corazón. A los meses llegó del trabajo desconsolada. Apenas podía respirar entre los llantos. Daniel temió que su pequeña sufriese una crisis de ansiedad. Llamó a la practicante para que le inyectase un calmante. Sandra durmió toda la noche. Pero no descansó: entre fiebres sufría terribles pesadillas. Su padre con un paño húmedo intentaba bajarle aquella calentura, mientras con caricias y susurros pretendía tranquilizar a aquella niña que, entredientes, decía palabras que su padre no llegaba a entender. Estuvo varios días en cama. Al tercero o cuarto se levantó y se fue a trabajar. Nunca más habló del tema. Nunca le contó a su padre lo que le había pasado y nunca, nunca, volvió a ser la misma.

Andrés quedó compungido con el relato. Se le había hecho un nudo en la garganta que le hacía difícil tragar la comida que tenía en la boca. Bebió algo de agua. Se levantó y dio unos pasos para salir de la sombra que la roca les daba. Levantó la cabeza hacia el sol, esperando que la luz y el calor del astro rey le ayudasen a encontrar una solución a aquel problema. No sabía que actitud tomar ni que debía hacer para ganarse el amor de Sandra. Pero haría lo que fuese. Estaba dispuesto a todo.

Justo, sentado en el suelo, lo miraba. A veces parecía que el anciano, con esos ojillos azules era capaz de leer la mente, y en ese momento lo hacía.

–Le ayudaré Andrés. Le ayudaré en lo que pueda.

–Gracias Justo. Muchas gracias.

Tras unos minutos de reposo comenzaron la bajada. Esta vez lo harían por la otra cara de la montaña para aprovechar mejor el sol de la tarde, para bordearla en el momento adecuado por un sendero que Justo conocía. Era curioso lo diferente que era aquella misma cordillera según mirase a poniente o a levante. En esta cara parecía que la primavera ya había llegado. Cientos de flores de todo tipo enmoquetaban el paisaje. En los árboles desnudos por el duro invierno empezaban a aparecer los primeros brotes verdes. Y la brisa no era fría y cortante como en Grosellero. Pocas eran las chimeneas de los pueblos que a este lado de la montaña se veían que echasen humo. Era como si aquella gran mole de granito hiciera de gigantesca máquina del tiempo: a un lado invierno, y al otro la primavera.

En un recoveco que hacía el sendero Justo se detuvo.

–Mire Andrés –dijo señalando hacia uno de los lados–, la fuente del Acebuche.

Allí, entre las rocas, brotaba un chorro de agua transparente que, tras

embalsarse en una pequeña charca, se despeñaba barranco abajo. El ruido de la cascada retumbaba en aquel recoveco. Justo se acercó a aquel manantial y bebió sus aguas.

–*Beba, Andrés, beba* –insistió a su amigo–, *estas aguas no solo quitan la sed: ¡son milagrosas!*

–*Entonces echaré un trago* –dijo Andrés riendo.

Bajaron aquella ladera hasta dar con el sendero que les llevase a Grosellero. Al iniciarlo el enorme monte ensombreció el camino. Andrés sintió frío y sacó los dos chalecos de la mochila.

–*Pare Justo* –le dijo al anciano que ya le sacaba algunos pasos.

–*¿Qué sucede?*

–*Espere Justo, más vale que nos pongamos esto* –dijo mostrando los chalecos–, *que como nos resfriemos la enfermera nos mata.*

Siguieron su camino, la oscuridad y el frío aumentaban a medida que se acercaban a Grosellero. Empezaron a divisar las luces de las casas y a oler el humo de las chimeneas cuando escucharon la campana de la iglesia de Santa María que llamaba a los fieles a misa de ocho.

Al entrar al ambos agradecieron la cálida temperatura que entre la chimenea y las estufas disfrutaba el hostel. Sandra en el salón, en un sillón junto al fuego, leía entretenida una novela.

–*Uff, venimos reventados* –dijo Andrés dejándose caer en el sofá.

–*Se cansa usted demasiado para la edad que tiene* –le respondió el anciano.

Ella sin inmutarse, sin ni siquiera levantar la vista, siguió con lo que hacía.

Justo, que no había llegado a sentarse se giró, y mientras iba a la salida dijo:

–*Me daré un duchazo, si os parece bien cenamos sobre las 21:30.*

Ella en ese momento levantó por primera vez la cabeza:

–*De acuerdo. Sobre esa hora subiré a ver que tal anda ese brazo.*

–*Vale, vale. Muchas gracias Sandra.*

Andrés contemplaba la conversación en silencio. Ella no le había dirigido mirada en todo el tiempo y al irse Justo continuó su lectura como si él no estuviera.

–*¿De que va el libro?*

–*De la vida de un chico que gira en torno a la construcción de una iglesia* –dijo ella sin dejar de leer.

–*Ahhh, ¿y está bien?* –Andrés sabía que sí, ya lo había leído, fue un *best seller* que habían comentado en la sección de literatura de su programa radiofónico.

–*Interasantísimo* –dijo ella cómo única respuesta.

Andrés, derrotado se levantó del sofá, y sin despedirse se fue a su habitación.

La cena fue similar a la del día anterior. Sandra no se dirigía a él, y si lo hacía era siempre de manera escueta. Pero a diferencia del día anterior al acabar Justo dijo:

–Esta noche tomaremos un digestivo en el salón, y no acepto un no por respuesta a ninguno de los dos –ordenó señalando a ambos con su bastón.

–Si no hay más remedio... –respondió Sandra contrariada.

–No pensaba decirle que no, de hecho pensaba proponerlo yo –dijo Andrés animado.

Los dos se sentaron en los sillones y ella, un poco recostada, en el sofá. En ese momento hizo su aparición Charo:

–¿Qué van a tomá? –preguntó con su característica simpatía.

–Yo un orujo de hierbas –pidió Sandra ante la sorpresa de todos.

–Y yo un licor de café. Lo hacen aquí mismo y está buenísimo –explico don Justo.

–Yo un coñac.

La cocinera sirvió las bebidas, y se despidió con la misma fórmula que lo hiciese la vez anterior:

–Si desean repetí sivanse utede mimo, y si necesitan algo más llamemno, mi mario y yo vivimo ahí, tras la cocina. Toquen la campanica –dijo señalando la recepción–, *y les atendeemos.*

Y desapareció.

–¿Cómo se encuentra de sus agujetas? –preguntó Justo.

–Mucho mejor, gracias, el reposo me ha venido muy bien.

–Pues estupendo, porque mañana me tendrá que acompañar ya que Andrés se ha torcido un tobillo poco antes de llegar y apenas puede caminar.

Andrés lo miró alucinando, ¿de que hablaba aquél loco? ¿le habría hecho la edad perder definitivamente la cabeza?. Lo miró y percibió un leve guiño en su azul ojo pidiendo complicidad.

–Ah, sí, sí. Cuando estábamos llegando. Se me ha hinchado y apenas puedo apoyarlo.

–Déjeme que se lo mire –dijo ella levantándose del sofá y dejando su copa de orujo en el cristal de la mesa.

–¡No!, no hace falta. Ya me he echado una pomada y parece que el hinchazón a remitido. Seguramente mañana esté mejor, pero no para hacer una ruta campestre.

–De acuerdo –dijo Sandra sentándose de nuevo–, *yo le acompañaré.*

Y comenzaron a charlar animadamente. Sandra empezó a dirigirse de nuevo con normalidad a Andrés, bien por el efecto del orujo o por cierto remordimiento de no haber ejercido de eficiente enfermera con el tobillo dolorido. En realidad ella no había notado nada, pero creía que era dado a su forzada indiferencia y no a que aquella lesión fuera una farsa del viejo Justo.

Tras más de una copa y varias horas de conversación los tres subieron a sus habitaciones. Andrés simulaba la cojera que Justo le había impuesto.

–Échame el brazo por el hombro –dijo Sandra agarrándolo con su brazo izquierdo por la cintura–, le ayudaré a subir.

Andrés le echó más teatro en la escalera. Le gustaba sentir el roce del cuerpo de Sandra con el suyo. Sentía deseos de besar aquellos labios que estaban tan cerca de él y a la vez tan lejos. Pero supo contenerse.

–Menos mal que me tocó la habitación de la segunda planta –dijo ella riendo–. No se si sería capaz de ayudarlo a subir mas escalones.

–Bueno jóvenes, descansen –dijo Justo entrando en su habitación.

Los dos quedaron solos en el descansillo. Hubo un silencio mientras se miraban muy fijos a los ojos.

–Perdona por no haberme dado cuenta de lo de tu tobillo.

–No pasa nada –dijo él incomodo con aquella mentira.

–Mañana si ves que no estas mejor avisame y te lo veo –dijo ella subiendo los primeros escalones que llevaban a su habitación.

–Muchas gracias, y buenas noches –acertó a decir él.

Se acostó pensando si le costaría tanto conciliar el sueño como el día anterior. Pero no, su estado de ánimo estaba menos afectado y su paseo a aquella cima desde la que habían divisado el pico Rando había causado estragos, y sin darse cuenta quedó profundamente dormido.

CAPITULO 13 TIRAR PIEDRAS AL AGUA

“–*Tirar piedras al agua...*

Sandra se levantó, cogió una bien grande y con todas sus fuerzas la arrojó. Había sido una mañana rara y ahora se sentía ridícula haciendo lo que don Justo le sugería. Pero se encontraba mejor. Se sentía más desahogada. Era una manera extraña de expulsar la furia guardada durante tantos años.”

Por la mañana todos se habían encontrado en el comedor.

–*Buenos días* –dijo ella risueña–, *¿que tal ese tobillo?*

–*Mucho mejor. Apenas me molesta y el hinchazón ha desaparecido totalmente, pero aún así me temo que no os acompañaré, no vaya a ser que me lo lastime del todo* –fingió él.

–*Haces bien* –continuó Justo–, *el tobillo es algo muy delicado y hay que dejarlo reposar después de una torcedura como la tuya.*

–*Justo tiene razón* –dijo inocentemente ella.

Así que, tras desayunar, el anciano y la muchacha se fueron de paseo dejando a Andrés en el salón leyendo un libro, eso sí, en el sofá con la pierna en alto por prescripción de ella.

Cruzaron el pueblo y comenzaron a bajar por una vereda que acompañaba un riachuelo. Éste, de aguas rápidas y cristalinas descendía serpenteando la ladera en la que se anclaba Grosellero.

–*Estas aguas bajan desde la misma cima* –explicaba el anciano–, *son las mismas que por el otro lado de la peña brotan en el fuente del Acebuche. Esta montaña es como un gran queso gruyer: está llena de grutas con inmensos lagos de los que escapa el agua formando preciosos manantiales en las laderas.*

Los arboles que habían a ambos lados del riachuelo estaban tan próximos que apenas dejaban espacio para el agua y la senda. Las ramas se entrecruzaban creando un largo túnel de vegetación. Sólo se escuchaba el ruido del agua y el canto de los pájaros.

–*¡Qué bonito, esto es precioso!*

–*Pues todavía no has visto nada* –dijo don Justo con misterio.

Llevarían una hora andando cuando la vegetación se abrió y Sandra se encontró con un barranco de unos diez metros desde el que el agua caía formando una hermosa catarata. Debajo una espléndida poza, del tamaño de una piscina, recogía aquella agua. El espectáculo era paradisíaco.

–Señorita, estas son las pozas de don Julián –le dijo él mientras la sujetaba con su brazo bueno para ayudarle a hacer el descenso.

El sendero aprovechaba las rocas del barranco como si de una escalera natural se tratase para llegar junto a la poza.

–¡Qué maravilla! ¡Jamás me hubiera imaginado que existiera un lugar como este aquí!

–Sí, pero para bañarse hay que venir por la mañana. Por la tarde se echa la sombra y hace un frío que pela, incluso en verano.

Sandra, con los ojos como platos, observaba todos los detalles de aquel espectáculo que la naturaleza les brindaba. Seguían andando por la senda, al lado mismo de la poza, cuando llegaron a una gran roca que asomaba sobre el agua como si de un trampolín se tratara.

–Sentemosnos ahí –dijo Justo ayudándola.

–¡Qué vergüenza Justo! Con ochenta y tantos años y es usted el que me tiene que ayudar a mi constantemente.

–De vergüenza nada. Yo se andar por estos lares y tu eres una chica de ciudad que no has pisado una piedra en tu vida.

Los dos se sentaron en aquella roca con las piernas colgando, como si de dos críos se tratase.

–Verás, antes de que yo naciera llegó un párroco nuevo a Grosellero –comenzó a contar Justo con la mirada fija en las pozas–, por aquel entonces era normal que las gentes del pueblo, mayores y niños, vinieran a bañarse a estas pozas, pero aquel cura no vio bien esa costumbre y comenzó una campaña contra aquella inmoralidad. Según me contaron de niño aquel sacerdote arremetía duramente en sus homilias contra tan sana afición. Obligaba a confesar a todos aquellos que hubiesen estado aquí, aunque no se hubiesen bañado, y a quien no lo hiciera le negaba la comunión. Según sermoneaba el que hombres y mujeres se bañaran medio en cueros en unas pozas era un pecado tan grave como el adulterio.

–¡Qué barbaridad! –exclamó Sandra visiblemente sorprendida.

–Cuando yo era pequeño aquel párroco aún vivía. Todavía lo recuerdo con su cara redonda, sus gafas, aquella calva reluciente y esa manera peculiar de hablar... tras tantos años de sermones había conseguido su objetivo y ya sólo los niños veníamos a bañarnos. Lo que no sabía aquel cura que aquella obsesión le costaría que las pozas, conocidas hasta entonces como “las del barranco” pasasen a llamarse de don Julián en su honor.

Los dos miraban aquellas aguas. En algunos lugares reflejaba la vegetación

volviéndose el agua de un vivo turquesa. En otros reflejaba el cielo tiñéndose de un azul intenso. Era algo realmente hipnótico.

–*¿Que te parece Andrés Sandra?* –preguntó de repente.

–*No sé. Parece buena gente. Tampoco lo conozco para opinar* –respondió ella con naturalidad.

–*Sí, es una buena persona. Un hombre con valores que no ha sabido disfrutar la vida y que busca una segunda oportunidad para ser feliz...*

–*Pues muy bien* –dijo ella indiferente.

–*Y esa oportunidad podrías ser tú. ¿qué te parece?* –preguntó del tirón Justo.

–*Uy, uy, uy, no le tenía a usted por una vulgar alcahueta.*

–*Me puedes llamar como quieras* –respondió Justo–. *Conocí muy bien a tu padre, sabes lo que le apreciaba. Muchas veces hablamos de ti y de los disgustos que le suponía que rechazases todas las parejas que te buscaba. El pobrecillo murió con la pena de dejarte sola.*

Sandra asentía sin decir nada.

–*No te he vuelto a ver desde que le enterramos, no sabía absolutamente nada de tu vida, y de repente, tras mi accidente domestico vuelves a aparecer, en el preciso momento que buscábamos alguien que nos hiciera de chófer. Después resulta que sin saberlo conocías de antes a nuestro acompañante, con el que habías mantenido antaño flirteos en un vulgar autobús.*

–*¡Dios mío! ¿Le ha contado eso? ¡Pero que vergüenza! ¡Yo lo mato!*

–*Déjate de matar a nadie. ¿No lo ves?, ¿no ves que son demasiadas coincidencias? ¿no será que tu padre, allá donde esté, te está poniendo esta oportunidad en bandeja para que no estés sola?*

–*Dejate de tonterías Justo, mi padre está donde está y punto. Son simples coincidencias. Y lo del autobús no debió haberlo contado. No es caballeroso.*

–*Vale, si no es por intervención de tu padre es por el destino, pero algo hay.*

–*No hay nada de nada. Ha habido una serie de casualidades, estoy de acuerdo, pero nada más. Pensar otra cosa son necedades de viejo.*

–*Vale, vale* –dijo Justo relajando el tono–, *solo casualidades ¿pero por que no aprovecharlas?*

–*Por que no, y punto.*

–*Desde que tuviste aquel noviete te has cerrado en banda a conocer a nadie. No todos los hombres sono iguales. ¿Tanto daño te hizo?*

Sandra no respondió. Se levantó airada de la roca, y continuó la senda sin esperar a Justo ni saber a donde se dirigía. El anciano se levantó pesadamente, ya que sólo se podía apoyar en su brazo izquierdo para hacerlo, y la siguió.

A los pocos minutos ya iba a su lado.

–Perdona Sandra, no quería entrometerme. Sólo deseo lo mejor para ti.

–Pues si deseas lo mejor para mi déjame sola. No soy una buena persona. No soy alguien en quien se pueda confiar. Sí, aquel muchacho me hizo daño. Muchísimo daño. Pero lo peor lo hice yo. Yo fallé, y mía es la culpa –dijo con lágrimas en los ojos.

Continuaron el camino en silencio. Poco a poco la vegetación iba desapareciendo y el arroyo, tras su paso por las pozas, se había convertido en un ancho riachuelo. Sus aguas ya no eran tan transparentes, la corriente levantaba el barro del fondo volviéndose pardas.

Aquel arroyo y el camino que lo acompañaba desembocaban en un gran embalse. Al fondo podía verse una vieja presa, con unos faroles roídos por el óxido con los cristales rotos. A la derecha se podía distinguir las ruinas de una vieja casa, tras la que se levantaba una montaña similar a la que acababan de descender.

–Esta presa la inauguraron el año que nací yo –empezó a contar Justo–, era preciosa, las luces de los faroles eran de un tono naranja que jamás habíamos visto en el pueblo, y la casa del ingeniero, al lado del muro, fue la primera construcción moderna de la zona, con sus fachadas blancas y su tejado rojo, pero por aquel entonces asoló a la comarca una dura sequía, por lo que pasaron los años sin que se llenara. Ya tendría tres años cuando varios hombres del pueblo hablaron con don Julián para pedirle permiso para bajar la Virgen de la Ermita al embalse, hacer una misa junto a las pocas aguas que retenía y ver si así, por intervención divina, se llenaba. Don Julián accedió, y se fijó la fecha para dos domingos después...

Justo se rascó la cabeza como para ayudar a salir sus recuerdos.

–En aquellas dos semanas no paró de llover, cuando llegó el domingo el cielo se abrió y los habitantes corrieron a llevar su virgen al embalse. Era como una romería, todos iban con sus mejores galas. Mi madre me vistió con un pantaloncito de pana y un chaleco con rayas que nunca adiviné de donde había salido. Esperamos con mi hermano Angel, que aún no llegaba al año, que los hombres bajaran de la ermita con la Virgen, y con el resto de los que estábamos en el pueblo bajamos hasta el embalse.

Justo tomó aire, miró el embalse como si viese en sus aguas aquellas imágenes y continuó con la historia:

–Cuando llegamos todos se sorprendieron. Las dos semanas de lluvia lo habían llenado totalmente. Bajo la presa salían dos enormes chorros con los que

desembalsaban en previsión de nuevas lluvias. Aquello fue una gran fiesta, mucho más animada y alegre que la romería que se la hacía en verano a esa misma Virgen, pero muy corta ya que enseguida se echaría la tarde encima.

Sandra se sentó en un gran tronco que había caído junto a la orilla. Escuchaba a Justo mientras éste empezaba a coger piedras y lanzarlas al agua.

–Tras la misa y haber comido lo que cada uno llevó –continuó su relato–, los hombres, entre ellos mi padre, cogieron la Virgen en volandas para devolverla a su ermita. Las gentes del pueblo la acompañaron pero nosotros nos quedamos aquí. Mi madre se sentó más o menos donde estas tu y empezó a darle el pecho a Angel mientras miraba como yo tiraba piedras al agua... Esa fue, fíjese que tontería, mi mayor afición. Cada vez que podía venía al embalse a tirarlas. Las lanzaba todo lo lejos que podía y veía como las ondas se hacían más y mas grandes hasta perderse. Podía pasar haciéndolo horas. Justo contaba todo esto mientras buscaba por el suelo alguna roca que le gustase lo suficiente para lanzarla al agua.

–Llevaría unos meses trabajando en la residencia cuando conocí a Luis –comenzó a contar ella.

Justo, que desde la primera palabra supo la importancia de aquel relato se sentó a su lado.

–Estaba haciendo la mili en el cuartel de La Mandolina, muy cerca de donde yo trabajaba. Los viernes que tenía turno de mañana solía comer con un par de compañeras y aprovechábamos para pasar la tarde juntas, una de esas tardes en una cafetería se acercó: era alto, de tez morena, con unos ojos azules muy parecidos a los suyos. Iba de uniforme, se presentó y me quiso invitar a una copa. Ese viernes no lo consiguió, pero si dos semanas después.

Sandra contaba esto con la mirada fija en un punto.

–Empezamos a salir. Era una relación extraña ya que sólo nos veíamos cada dos semanas: el sólo podía salir del cuartel del 17:00 a 20:00, y la semana que yo estaba de tarde era imposible vernos. Los fines de semana que tenía permiso se iba al pueblo a ver a su familia. Así que sólo disponíamos de esas tres horitas al día en mi semana de mañana. De todos modos aquello no era tan raro: tenía compañeras que veían a sus novios menos tiempo que yo al mío. Los meses pasaban y nuestro amor crecía. Un día me dijo que le quedaba año y medio para licenciarse y entonces podríamos casarnos. Fue el día más feliz de mi vida. Al poco tiempo me comentó que tenía varios compañeros que formaban parte de una cooperativa inmobiliaria y que había puesto un dinero

para comprarnos un piso. Yo no quise ser menos, y al día siguiente le llevé la misma cantidad que él había aportado para que me incluyera. Él se negó, pero tras mi férrea insistencia accedió. Yo quería que el piso fuera de los dos.

Tragó saliva y siguió contando.

–Los meses siguieron pasando, cada vez estábamos más enamorados. Hacíamos los pagos que la cooperativa nos demandaba y veíamos con ilusión como cada vez quedaba menos para que Luis se licenciara.

Una mañana en que escaseaban las enfermeras coincidí con Maite, una compañera del turno opuesto a la que mandaban de refuerzo y de la que se rumoreaba que estaba mal de la cabeza. Aunque tendría mi edad parecía una cría. Era tímida, asustadiza y sus ojos verdes miraban con una fijeza que daba miedo. Todos contaban que se inventaba historias, que tenía amigos imaginarios por toda la residencia y que a veces desaparecía misteriosamente sin que nadie lograra encontrarla. Aquella mañana hicimos la rutina juntas: levantamos a los ancianos, repartimos las pastillas, tomamos la tensión... codo con codo fuimos sacando el trabajo adelante. Cuando acabamos le dije que comería en el bar de enfrente, ya que mi novio salía del cuartel a las 17:00. Ella me dijo que me acompañaría, ya que el suyo también salía a esa hora y me contó la misma historia que yo durante la mañana le había contado. No me sorprendió, ya que sabía por otras compañeras que Maite se apropiaba de las vivencias de los demás para contarlas como si fueran propias.

Comimos y charlamos animadamente. La verdad que pese a su aire siniestro me cayó muy bien. Las dos fuimos a la puerta del cuartel a esperar que salieran los soldados. Estaba segura que ella me diría que el suyo no salía porque probablemente le habían arrestado, o cualquier otra excusa.

Sandra dejó de hablar, sacó una botellita de agua que llevaba en una mochila y tomó un trago. Luego se la pasó a Justo, que hizo lo mismo.

–Siga, siga, le escucho –le animó a seguir el anciano.

–Pues bien, las dos esperábamos en la puerta del cuartel. Comenzaron a salir los primeros soldados. Enseguida distinguí por su altura a Luis. Él se acercó a las dos. Noté algo extraño en su mirada, pero no supe exactamente el qué hasta que, al llegar a nuestra altura –dijo Sandra casi ahogándose– la besó.

–¿Pero cómo?, ¿por qué? No entiendo nada –dijo alarmado Justo.

–El muy canalla salía con las dos. Una semana con una y a la siguiente con la otra. Tras aquella escena no dije nada, me dí la vuelta y me fui a casa. No quería dar el numerito que muchas veces había visto hacer a otras en la puerta

del cuartel. Pero la cosa no quedó ahí...

Justo escuchaba atento sin querer perder detalle.

–Al día siguiente volví a coincidir con Maite. Ella, llorando, me contó que Luis le había contado todo. Según le dijo la conoció a ella meses después que a mí y se enamoró perdidamente. Que no rompió conmigo porque no quería hacerme daño y que se lamentaba de que me hubiera enterado así. Yo, fingiendo indiferencia, le pedí que le dijese que no se lamentara de nada. Que ojalá me hubiese enterado antes y que por favor me hiciera llegar el dinero que había invertido en aquella cooperativa durante aquel año. A los pocos días Maite me dijo que no podía recuperar el dinero, pero que éste figuraba a mi nombre por lo que podría optar a un piso cuando se construyesen. Aquél fue para mi alivio la última vez que vi a Maite, ya que volvió a su turno.

–Vaya historia –dijo en un suspiro Justo.

Los dos volvieron a beber agua. Él se levantó y empezó de nuevo a tirar piedras al agua. Ella aguardó unos instantes en silencio. Y de nuevo comenzó a hablar:

–Habrían pasado tres o cuatro meses de aquello cuando Maite se puso en contacto conmigo. Quería que nos viésemos el domingo en una lujosa cafetería de una concurrida calle del centro. Aquello me sorprendió. Pensé que a lo mejor quería darme algún documento de la cooperativa. Llegué a aquel lugar a la hora convenida, era verano y hacía calor pese a no ser más de las 10 de la mañana, y allí en una mesita con un gracioso vestido de tirantes verde me esperaba. Le dí los buenos días. No pensaba sentarme, quería que me diese o dijese lo que fuera y largarme, pero como parecía absorta, con la mirada fija en la cafetería que había justo enfrente de la que estábamos decidí sentarme y esperar a que saliera de aquel trance. Sin dejar de mirar me preguntó directamente si alguna vez había salido con Luis un fin de semana.

Sorprendida y molesta le dije que no, que se iba a ver a su familia. Ella, con la mirada fija en el mismo sitio me dijo que mirara quien era su familia: y allí en el lugar que Maite miraba estaba él con una jovencísima aristócrata. Me explicó que había estado investigando y había descubierto que desde que empezó la mili había estado con ella. Le había contado que era un gran terrateniente, y convenció a la familia de la joven de que poseía una gran fortuna. Él hacía gala de ella, y despilfarraba sin remilgos. Despilfarraba el dinero que las dos le habíamos estado dando para la supuesta cooperativa. Maite descubrió que ya tenían fecha para casarse en la mismísima catedral, y seguramente una vez casado el sinvergüenza diría que se había arruinado, pero

ya contaría con la fortuna de su esposa. Pero no lo iba a lograr; Maite estaba dispuesta a desenmascararlo.

Sandra volvió a beber agua visiblemente nerviosa. Justo, que ya había dejado de tirar piedras al agua, se sentó de nuevo a su lado.

—De repente —continuó Sandra—, Maite se levantó de su silla, y como una loca atravesó la calle. Yo, sorprendida, no sabía que pretendía hacer. Llegó hasta la mesa en que se encontraba la pareja y empezó a gritarles a ambos. La joven la miraba asustada mientras Luis parecía no inmutarse. En voz lo suficientemente alta para que todos se enterasen dijo que era una de las locas que iban a la puerta del cuartel a buscar novio, y que se había encaprichado de él. Muchos rieron. Maite empezó a coger todo lo que encontraba a su alrededor y arrojarlo mientras los que la rodeaban miraban la escena divertidos. Yo, que estaba detrás, viendo que venía el camarero intenté tirar de ella para llevármela, la mala fortuna hizo que al tirar partiera uno de los tirantes que sujetaba aquel vestidito, quedándose parcialmente desnuda. A ella histérica, pareció no importarle, siguió voceando sin taparse para regocijo de muchos. La tapé como pude y logre arrastrarla lejos de allí. Poco a poco pareció recobrar la calma y la vergüenza. Nos sentamos en la parada del 67. Ella lloraba desconsolada, mientras que con su mano izquierda sujetaba la parte del vestido que ahora su tirante no sostenía. Me reprochó que no la hubiera ayudado, dijo que confiaba en mí y que le había fallado. Cuando llegó el 67 me pidió que por favor no la dejara sola. Que necesitaba estar con alguien y que yo era su única amiga. Me deshice de sus manos, que me agarraban las mías suplicando que no me fuera, y me subí al autobús.

Sandra lloraba desconsolada a medida que relataba sus recuerdos. Justo le cogió la mano para que se sintiera arropada.

—Al día siguiente —continuó Sandra entre sollozos—, cuando llegué a la residencia, me enteré que Maite se había arrojado al paso del regional de las 11. Se había suicidado nada más montarme en el autobús. ¡Fue mi culpa! Y se abrazó sin dejar de llorar a Justo, que le acariciaba la cabeza dándole consuelo.

—Tranquila, tranquila —le susurraba Justo—, ya pasó...

Ella pareció tranquilizarse un poco, aunque no dejaba de llorar.

—Tu no tienes la culpa de nada. Todo lo que pasó fue por aquel desalmado que jugó con vuestros sentimientos y de la cabeza de aquella pobre chica, que no regía, pero no tuya.

–Pero si yo me hubiese quedado con ella... –decía entre llantos con voz temblorosa.

–Si tu te hubieras quedado con ella no habrías conseguido nada. Tarde o temprano hubiese hecho lo mismo.

–¡Y si no hubiese arrancado aquella tiranta! –se reprochó entre lágrimas.

–Creo que de eso ella ni se enteró. No le empujó la vergüenza ante ese tren, lo hizo el desamor –sentenció el anciano.

–¡Prométame que no le contara esto a nadie, prométamelo!, jamás se lo he contado nadie, ni siquiera a mi padre.

–Se lo prometo, cuente con mi discreción.

Ella suspiró. Se sentía aliviada tras aquella confesión.

–Debería liberar tensiones. Desfoguese. ¿Por qué no tira piedras al agua?

–Tirar piedras al agua...–repitió ella.

Sandra se levantó, cogió una bien grande y con todas sus fuerzas la arrojó.

Había sido una mañana rara y ahora se sentía ridícula haciendo lo que don Justo le sugería. Pero se encontraba mejor. Se sentía más desahogada. Era una manera extraña de expulsar la furia guardada durante tantos años.

CAPITULO 14 LA CHIMENEA

La chimenea seguía encendida. Grandes troncos de leña se consumían lentamente ante la indiferencia de Andrés, que absorto en su libro no percibió la llegada de sus amigos.

–*¿Qué tal ese tobillo?* –preguntó con complicidad Justo.

–*¡Ah!, ¡ya estáis aquí!* –se sorprendió Andrés–, *bien, muy bien. No me molesta nada.*

–*Estupendo* –dijo Sandra–, *pero de todos modos, si quieres después le echo un vistazo.*

–*No hace falta, muchas gracias Sandra, pero de verdad que ya no me noto absolutamente nada.*

–*Bueno, voy subir a refrescarme un poco y nos vemos sobre las 15:00 para comer, ¿os parece bien?* –preguntó el anciano dirigiéndose hacia la escalera.

–*Yo también subiré. Vengo asfixiada* –indicó ella.

–*Pues aquí os espero* –dijo Andrés retomando de nuevo su lectura.

Tras la charla en el pantano Sandra se sentía una mujer diferente. Durante el camino de regreso no tocaron el tema, aunque sabía que muchas de las historias y anécdotas que Justo contó en ese trayecto iban encaminados a reforzar su autoestima y borrar ese sentimiento de culpa. Había soltado un gran lastre que había arrastrado durante años y tras hacerlo se sentía bien. Muy bien.

Aquella confesión le hacía sentirse distinta, era como si hasta ese momento hubiera visto el mundo en blanco y negro y ahora empezara a verlo en color. Su corazón latía feliz y por primera vez en muchos años se veía a si misma como una mujer atractiva, joven y enérgica capaz de emprender una nueva vida.

Cuando llegaron al hostel Andrés leía frente a la chimenea, y a los ojos de Sandra él también había cambiado. Ese hombre podía ser el compañero de viaje que Sandra necesitaba para afrontar esa nueva vida. Mientras se duchaba pensaba en ello. Le daba vértigo hacer cambios y además la idea de que alguien confiara en ella le aterraba. Pesaba mucho en su conciencia las suplicas de Maite y como ella le había fallado. Pero Justo tenía razón y ella nada podía haber hecho por aquella muchacha a la que aquel soldado había roto el corazón y vuelto totalmente loca.

Cuando salió de la ducha se quedó quieta frente al espejo. Hacía muchos años que no se miraba así, totalmente desnuda. Y se sorprendió al comprobar que su

cuerpo mantenía unas curvas sensuales, un vientre plano y unos muslos moldeados, el paso de los años no le habían castigado y se sentía atractiva. Al vestirse sintió deseos de ponerse guapa. Le costó mucho trabajo elegir la ropa que ponerse y ella, que no era de pinturas, se maquilló con esmero. Bajó antes que Justo al comedor, le pidió una copa de vino blanco a Alberto y bebiendo de ésta fue en busca de Andrés al salón.

–Yo estoy lista, ¿no ha bajado todavía Justo? –preguntó ella.

–No aún no –dijo cerrando el libro y girándose hacia ella.

La expresión de Andrés al verla fue de tal admiración que a Sandra se le escapó una sonrisa.

–¡Estas preciosa! –le dijo sin ocultar su asombro.

Se dirigieron al comedor, donde esperaron a Justo. La comida transcurrió agradable. La conversación fue distendida y alegre. Andrés intuía que algo había pasado. Aquella mujer no parecía la misma que salió a pasear con Justo aquella misma mañana. Sus ojos desprendían felicidad y su sonrisa... su sonrisa le mantenía totalmente hipnotizado.

–Esta tarde iré a ver a mi madre y a mi hermano y me despediré de ellos –dijo Justo de repente.

–¿Despedirse? –preguntó sorprendida Sandra

–Sí, creo que ya he hecho todo lo que tenía que hacer, mañana volveremos a casa y empezaremos a escribir mis memorias –respondió.

La noticia cogió por sorpresa a los dos. A Andrés se le notaba a leguas que no le gustaba la idea de volver y a Sandra parecía que tampoco. En ese momento apareció Alberto que torpemente puso las bebidas mojando el mantel de papel que cubría la mesa. Se disculpó y volvió casi a la carrera a la cocina.

–¡Qué raro, hoy está Alberto sólo para todo! –dijo Sandra.

–Es verdad, yo no he visto a Charo en todo el día, y mira que no me he movido de delante de la chimenea –dijo Andrés.

–Para mi que se ha vuelto a la ciudad. Todo el mundo no aguanta la vida en un pueblo –remató Justo.

No obstante Alberto se desenvolvía bien y los tres comieron y bebieron copiosamente. Cuando acabaron con el postre Sandra llevó a Justo a casa de su hermano y Andrés se quedó solo frente a la chimenea. A los pocos minutos volvió ella, se sentó en sofá junto a él y comenzaron una animada conversación.

TIRAR PIEDRAS AL AGUA

CAPITULO 15 EL REGRESO

El regreso prometía ser muy distinto a como había sido la ida. Andrés se levantó antes que Sandra, la besó en la mejilla sin despertarla y, sin apenas hacer ruido, salió de la habitación para dirigirse a la suya. Se sentía nervioso y eufórico. Hacía años que no sentía esa sensación de felicidad en su pecho ni aquella ansiedad. Notó como le temblaba el pulso al introducir la llave en la cerradura y al entrar en su habitación se vio a si mismo hasta ridículo. Aquellas sensaciones de adolescente no eran normales a su edad, y aunque lo sabía no era capaz de evitarlas. Se duchó rápido y comenzó a recoger el equipaje. Aquel sería un gran día...

Sandra se despertó al cerrarse la puerta. Durante unos segundos compartió la misma felicidad que Andrés, pero al girarse en la cama todas las dudas, inseguridades y miedos que durante tantos años la habían acompañado la asaltaron de nuevo.

—¡Dios mío!, pero ¿qué es lo que he hecho?

Se sentó en la cama durante unos segundos, con los brazos cruzados sobre sus pechos, que apenas tapaba con la blanca sábana, con la mirada perdida en el suelo, intentando adivinar como una mujer como ella se había dejado llevar de aquella manera. Sintió que no podía pensar con facilidad. Que le faltaba el aire. Aunque nadie la veía fue hasta el baño tapándose como pudo con la sábana; se sentía ridícula, avergonzada, denigrada... y, aunque sabía que Andrés no tenía la culpa de nada, lo odiaba.

Mientras se duchaba pensaba como debía actuar. Como debía tratar a Andrés y como zanjar el asunto. Se había equivocado y debía dar marcha atrás cuanto antes. Su cabeza era un lío.

—¿Como he podido hacer algo así? —se preguntó a si misma.
Aquel no sería un buen día...

TIRAR PIEDRAS AL AGUA

CAPITULO 16 OTRA ENFERMERA

–¿Otra enfermera?

–Sí Justo –dijo ella con rotundidad– *otra enfermera.*

–¿Pero por qué?, yo estoy muy contento contigo. Si es por tema económico podemos llegar a un acuerdo.

–Por Dios Justo, ¿cómo puedes pensar que se trata de dinero? –respondió Sandra indignada.

–Pues entonces ¿de qué diablos se trata?, ¿qué te molesta tanto para que me hagas ponerme a buscar otra enfermera?

–No me molesta nada tuyo, estoy muy a gusto trabajando en tu casa y eres muy buen paciente.

–¿Entonces?

–Se trata de Andrés –confesó ella–, desde que llegamos se me hace muy violento verlo. Le di esperanzas en el viaje de algo que no va a suceder. No quiero que al verme se haga ilusiones...

Habían pasado meses desde aquel viaje a Grosellero y desde entonces Sandra había rehuído por todos los medios a Andrés, pero por mucho que se esforzarse era inevitable verlo. Al principio lo veía casi todos las tardes merendando en casa de Justo, pero tanto él como el anciano notando su incomodidad y fueron postergando aquellas reuniones. Pero aún así, para desesperación de Sandra, no era raro coincidir en las escaleras o en la misma calle.

–Bueno, tal vez deberías hablar con él en vez de salir corriendo.

–Yo no tengo que hablar con nadie. No he hecho nada malo ni tengo que dar explicaciones de ningún tipo.

–No digo que hayas hecho nada malo Sandra, sólo que tal vez si hablas con él podéis aclarar vuestra relación.

–¿Qué relación? Nosotros no tenemos ninguna relación –gritó Sandra.

–Bueno, pues lo que sea.

–Mira, yo apenas conozco a ese hombre. Es verdad que las circunstancias en el viaje hicieron que le diera pie a pensar que podíamos llegar a ser algo. La soledad, la tristeza, la melancolía que pesaba en mí me hicieron perder la cordura...

–¿Y ahora te sientes más cuerda?

–Sí –respondió Sandra con rotundidad.

–Pues yo creo que no. La decisión más sensata que has tomado, probablemente en tu vida, fue darle una oportunidad y dártela a ti misma. Estás sola, y él también. Estáis bien juntos, hacéis una buena pareja y tenéis una complicidad y una química que difícilmente encontraréis en otras personas.

–Yo es que no pienso buscar otra persona.

–Ah, ¿y piensas pasar el resto de tu vida sola?

–¿Por qué no? –respondió ella despectivamente.

–Por que las personas no hemos nacido para vivir solas. La soledad es peor que cualquier enfermedad, y a medida que pasan los años peor. Cuando falleció Reme y me quedé solo pensé que podría sobrellevarlo, que no sería tan duro, que con la compañía de mi cuñado Paco y su familia saldría adelante. Pero me equivoqué. Cada vez que llega la noche y cierro esa puerta –dijo Justo señalando hacia la salida– es como si me enterrasen en vida. Los minutos se hacen horas y no llega el momento de que vuelva a amanecer y empiece un nuevo día.

–Bueno, y si tan mala es la soledad ¿por qué no rehizo su vida al quedar viudo?

–Para empezar porque pasaba de los sesenta y cinco y ya era un viejo –dijo sonriendo recordando las palabras de su mujer– y para seguir porque ella era una diosa de la que sigo enamorado, ninguna mortal llegará nunca a su altura ni a mi corazón.

–¡Qué empalagoso Justo!

–Sí, es verdad que puedo resultar empalagoso, o chocho. Pero realmente eso es el amor y eso es lo que siento –dijo él secamente.

–Bueno, pues yo no necesito ni amor ni compañía.

–De acuerdo Sandra, si tu padre no fue capaz de convencerte no creo que lo vaya a lograr yo. Si quieres vivir sola tú verás. Si quieres salir corriendo, ser una cobarde y no afrontar lo que siente tu corazón allá tú. Pero antes debes hablar con Andrés, explicárselo y dejarle bien claro que el problema no es suyo, sino tuyo. Creo que se ha portado muy bien y se merece, como menos, una despedida.

–Está bien, está bien... mañana vendré a verlo y se lo diré. Pero usted vaya buscándome una sustituta. En cuanto la encuentre me voy.

Tras ayudar al anciano a asearse, a cenar y a acostarse llegó su hora de salida. Se cambió de ropa como hacía todos los días ya que no le gustaba ir con la ropa de enfermera por la calle y se despidió de Justo que leía un libro en la cama. Cerró la puerta de la vivienda con cuidado de que no hiciera ruido y comenzó a

bajar sigilosamente los escalones de la escalera para que Andrés no la escuchara pasar por su descansillo. Al cruzar frente a su puerta vio luz por el mirilla y olió a comida a la vez que escuchaba como alguien batía un huevo.

–*Se estará haciendo de cenar* –pensó.

Y casi de puntillas continuó bajando las escaleras.

El trayecto que había desde la casa de Justo a la de Sandra no era muy largo, así que aprovechando que la primavera ya había llegado y las noches eran más apacibles Sandra hacía el camino andando. Pese a que el barrio con el cierre de la fábrica había quedado parcialmente deshabitado y que eran más de las 23:00 había bastante gente por la calle. Se fijó en varias parejas con las que se cruzó y se preguntó a si misma por qué se negaba a lo natural, por qué no era capaz de dejarse llevar y ser feliz al lado de Andrés. Pero no, ella no podía ser feliz. Su sentimiento de culpabilidad se lo impedía. Muchas noches se despertaba llorando, la imagen de Maite pidiéndole ayuda segundos antes de ser arrollada por la locomotora le torturaba en la soledad de su cama. Aquel maldito soldado se había burlado de ella, se aprovechó todo lo que pudo y encima le hizo cargar con la culpa de aquella tragedia.

La noche era agradable, la luna totalmente llena daba una claridad especial a aquellos rincones a los que no llegaba la luz de las farolas. Pero Sandra se sentía cada vez más incomoda en ese rutinario paseo. Comenzó a sudar y a sentir que le faltaba el aire. Aceleró el paso. Comenzó a tener la sensación de que todas las personas con las que se cruzaban se reían de ella. Al fin llegó a su portal, acertó a meter la llave en la cerradura y entró corriendo. Subió las escaleras al trote, irrumpió en su vivienda y sin tan siquiera soltar el bolso se abrazó al retrato de su padre llorando. Así estuvo un buen rato, prácticamente a oscuras porque tan solo había encendido la luz del recibidor. Se recompuso como pudo y fue a su dormitorio, se puso un camisón de verano pensando que así se libraría de la presión que sentía, pero de nada le valió. Encendió la tele buscando distracción, pero en su cabeza no paraban de resonar las palabras de Justo una y otra vez: *“las personas no hemos nacido para vivir solas”*. La apagó y decidió acostarse sin cenar ya que no tenía apetito. Se acostó aunque sabía que sería incapaz de dormir. La noche se le hizo interminable: vuelta a un lado, vuelta hacía el otro, almohada sobre la cabeza, ahora sin almohada...

Los segundos parecían minutos y los minutos horas. Al fin comenzó a clarear y Sandra se levantó de un salto. No había pegado ojo y sentía una inquietud que jamás había sentido. Se tomó una tila y se dio una buena ducha para tratar de tranquilizarse. Tardó mas de lo que pensaba en decidir la ropa que ponerse y una vez elegida se vistió sin prisas. Doblo con mimo la rebeca y el gorro que

Andrés le había regalado y no pudo evitar que sus ojos se humedecieran al guardarlos cuidadosamente en una bolsa de papel.

Se miró al espejo y contempló con horror que el cansancio y el desazón hacían mella en su cara. Se pintó lo mejor que pudo, cogió el bolso y la bolsa de papel que con tanto cariño había preparado y salió a la calle. Era una típica mañana primaveral. El aire olía a flores y el ambiente era animado, esto hizo que Sandra se sintiera algo mejor. Durante toda la noche había estado pensando las palabras que diría a Andrés. Lo tenía todo planeado, ya no había marcha atrás, en unos instantes le devolvería sus regalos y le diría lo necesario para pasar página para siempre. Iba repitiéndose a sí misma una y otra vez las frases con las que alejaría a ese hombre de su vida para siempre. Llegó al portal, que estaba abierto, llenó sus pulmones de aire y lo atravesó. Subió las escaleras sin prisas mientras apretaba con fuerza el puño en el que llevaba la bolsa de papel. Se enfrentó a la puerta del domicilio, volvió a coger aire y decidida llamó al timbre. Pasaron unos segundos sin que sucediera nada. Volvió a llamar, pero nada. Enseguida Sandra dedujo que Andrés estaría paseando con Justo como solían hacer casi todas las mañanas.

–Le esperaré aquí –se dijo sentándose en los primeros escalones del descansillo. Apenas habían pasado unos minutos cuando escuchó pasos en el portal. Se notaban que eran de una persona joven.

–Será el cartero o un repartidor de publicidad –pensó.

Pero aquellos pasos atravesaron el portal y comenzaron a subir ágil las escaleras, hasta llegar al descansillo en el que Sandra esperaba. Ésta se levantó alarmada. Sabía que en ese edificio sólo vivían Justo y Andrés y no le resultaba familiar la silueta que ante ella iba apareciendo.

Unos preciosos ojos verdes la miraron con sorpresa al llegar a su altura.

–Hola –dijo igualmente sorprendida la recién llegada. Y sin decir nada más pulsó el timbre de Andrés.

–No hay nadie –le dijo Sandra a aquella desconocida–. *Creo que ha salido a pasear con el vecino de arriba y me imagino que no tardará en volver.*

–Ah, vale –dijo la chica.

Las dos se quedaron de pie junto a la puerta, de reojo se examinaban la una a la otra sin decirse nada, hasta que finalmente la más joven rompió aquel incomodo silencio:

–Me llamo Blanca, soy la hija de Andrés –dijo.

Sandra se sintió incomoda. No se esperaba aquel contratiempo. Quería salir corriendo, que se la tragara la tierra.

–Yo soy Sandra, amiga de tu padre.

–No sabía que mi padre tuviera amigas...

–Bueno, en realidad nos conocemos de hace poco tiempo...

–No tienes que justificarte. No me parece mal que mi padre tenga amigas. Sólo me sorprende. Bueno, ¿y de que os conocéis?

Sandra tragó saliva. No le iba a contar a aquella chiquilla como se acariciaban la mano como adolescentes en el autobús de línea.

–Soy la enfermera de Justo, el vecino de arriba. El nos presentó.

–Ah, pues que bien –dijo Blanca.

–Sólo venía a devolverle esto a tu padre, si no te importa ya se lo das tu cuando llegue –dijo Sandra estirando el brazo para darle la bolsa de papel–. *Encantada de haberte conocido.*

Y comenzó a andar hacia las escaleras que bajaban. Blanca, curiosa, miró en su interior y sacó la rebeca para verla mejor.

–¡Espera! –le dijo a Sandra–, *yo me tengo que ir a trabajar y no voy a poder esperarle así que tendrás que devolvérsela tú.*

Sandra deshizo sus pasos y volvió hacia Blanca que continuaba con la rebeca en la mano mientras la miraba fijamente con aquellos hermosos ojos verdes.

–Además –continuó– *no creo que esto sea de mi padre.*

–No, es un regalo que me hizo.

–¿Y por qué se lo vas a devolver?

Sandra tomo aire de nuevo. No sabía que responder a aquella chica que seguía interrrogandola con la mirada.

–Creo que me equivoqué al aceptarlos –dijo secamente.

Las dos quedaron en silencio. Blanca volvió a meter meticulosamente las prendas en la bolsa de papel y se las devolvió a su dueña. Siguieron unos segundos sin hablarse. Al fin la joven volvió a romper el silencio:

–No se que relación tendrás con mi padre, pero te puedo asegurar que él no es de los que hace regalos a cambio de algo. Si te los ha hecho ha sido de corazón. No es un hombre de hacer regalos, pero cuando los hace es porque le sale de dentro.

Sandra se sonrojó, no se refería a eso precisamente e intentó aclararselo:

–No me refería eso. Estoy segura de que Andrés me los ha hecho desinteresadamente. Me refería a que no quiero darle falsas ilusiones. Creo que es muy buen hombre y no quiero darle esperanzas...

–¿Y por qué no quieres darle una oportunidad? –preguntó de sopetón la veinteañera.

Sandra no sabía como responder a esa pregunta. Ya se lo había preguntado asimismo en múltiples ocasiones y aún no había dado con la respuesta.

Entonces Blanca la miró muy fijamente. Aquella expresión le recordó a aquella con la que, años atrás, su amiga Maite le había suplicado que no la dejase sola. *–Mira, mi padre es un buen hombre. Si le das una oportunidad no te vas a arrepentir. No encontrarás a nadie como él. No lo dejes escapar.* Y cambiando la expresión de su rostro y dirigiéndose hacia la escalera continuó: *–Me tengo que ir a trabajar, dile por favor que he venido a verle.* Y bajando al trote las escaleras desapareció.

Sandra se quedó sola en el descansillo, confusa tras aquella extraña conversación, intentando poner en orden sus pensamientos. Pasaron algunos minutos cuando volvió a escuchar ruido en el portal. Esta vez no había duda de que eran Andrés y Justo, sus voces y el “toc, toc” del bastón del anciano los delataba. Los dos mantenían una animada conversación mientras subían los escalones que se volvió en un tenso silencio cuando llegaron al descansillo y se encontraron con la mujer. Justo se quedó tras Andrés que se acercó lentamente a ella.

–Buenos días Sandra –le dijo.

Pero ella no le respondió nada. Se acercó a él hasta colocarse justo delante. Y repentinamente se abrazó y lo besó. Los dos, fundidos en un abrazo se besaron apasionadamente ante la mirada atónita de Justo. El anciano sonrió y comenzó a ascender las escaleras que le llevaban a su casa, apenas había subido algunos escalones cuando entre el “toc, toc” de su bastón se le pudo escuchar suspirar: *–parece que al final no me voy a tener que buscar otra enfermera...*

FIN